

RAISSA MARITAIN: *Les grandes amitiés*. (Tomo I, «Souvenirs», 290 págs.; tomo II, «Les aventures de la grâce», 328 págs.) Editions de la Maison Française. Desclée de Brouwer. París.

Desde el lado de la vida, desde el ángulo inmediato de la biografía, Raissa Maritain nos hace asistir a uno de los períodos y terrenos más interesantes de la historia francesa. La principal prerrogativa de este libro es la de ser obra de una mujer, memorias de una esposa. Así, podemos tomar en un sentido muy peculiar aquellos trozos dedicados a exposiciones intelectuales y especulativas, como, por ejemplo, el comentario crítico al pensamiento bergsonian; su interés no está tanto en su validez propiamente filosófica cuanto en su condición de «hechos» de una vida, de la doble vida del matrimonio Maritain, en su lento y emocionante andar hacia la conversión, y luego, dentro de la fe, hasta tomar partido por la inteligencia capaz de filosofar al modo tradicional. De este modo se puede entender rectamente, sin contradicción, el flujo y reflujo de entusiasmo y crítica por que pasa Raissa Maritain en casi todas sus «grandes amistades». Por otra parte, todas aparecen dentro de una vasta corriente de aproximación a la fe, que tan hermosa huella de conversos ha dado a Francia, y esto les depara una cara fuertemente iluminada, con luz que viene de fuera, de arriba; pero al cabo, como las cosas terrenas siempre tienen un lado de sombra, una parte opaca al fulgor divino, no deja de venir luego la discriminación y la disconformidad personal. Ejemplo de finura en la crítica, más dolida por más precedida de agradecidas alabanzas, es el comentario sobre la dirección espiritual del Padre Clerissac (t. II, págs. 19-26). Tiene este vaivén la ventaja de que

el lector, una vez hecho a él, no deja de aplicarlo también cuando Raissa Maritain omite alguna vez siluetar con penumbra lo que empezó por iluminar sin reservas. Tal sería quizá el caso de León Bloy, cosa muy natural en un neófito ante su apóstol. Y, además, aplícase también fácilmente este ajedrezamiento de afirmación y negación al mismo libro de Raissa, una vez terminado y recibido su hermoso ejemplo de itinerario espiritual.

No es menester, si pasamos a mirar el libro desde un punto de vista político, ir a buscar temas o terrenos incluidos fragmentariamente en la obra; el libro en su totalidad interesa como historia política, si bien este interés se condensa en forma especial en el capítulo «De quelques-uns qui étaient jeunes en 1912» (t. II, págs. 181-215). Sobre todo, hay algo insólito y de mucha importancia: el hecho de la actuación política de los católicos conversos, como tales fuerzas nuevas diferenciadas, caracterizadas y sostenidas por sus nombres propios. Salta a la vista el factor de enorme originalidad política, de verdadera invención, que representa el intelectual converso. Ante todo, políticamente hablando, irrumpe libre y desprendido de aquellas zonas sociales que alistan en sí a mayor número de católicos, y aun, en algún momento, llegan a querer arrogarse el monopolio del catolicismo, llámense burguesía, derecha o de otro modo. Por otra parte, tal vez ha pasado previamente el converso por una etapa de preocupación por las lamentables condiciones de vida de ciertas clases y la defectuosa estructura general de la colectividad, lo que le

puede haber dado un tinte socialista o similar que su nueva fe no le hará perder sino en cierta medida, desviándolo hacia otra raíz. Desde otro punto de vista, en fin, el descubrimiento de la jerarquía, el injerto fresco y vivo con las viejas ideas nutricias, puede hacer tender al converso hacia formas políticas autoritarias y antiliberales a ultranza. Todo ello se advierte en este campo de la ideología política de los conversos franceses, animados a menudo en sus discrepancias por la sagrada intransigencia de la fe, más viva en ellos que en los embotados por la costumbre y la herencia familiar. Entre el socialismo de Péguy y las simpatías maurrasianas del P. Clerissac y otros termina por dibujarse la idea maritainiana de democracia, resultado no muy fácil de prever en aquella ambiciosa pareja de jóvenes que, inmediatamente después de su conversión, habían izado sobre su lugar de trabajo este terrible rótulo: «A L'ABSOLU. Entreprise de démolitions». No es éste lugar para ponderar hasta qué punto estas actitudes tienen derecho a llamarse plenamente «política cristiana» o si el cristianismo no ha logrado todavía una fórmula propiamente suya, como acaso ocurre en otros terrenos de creación cultural. Además, aunque quepan discusiones, se impone el hecho de que eso es lo que hay o una buena parte de lo que hay; Maritain, como embajador en Roma, representa una realidad positiva cuya importancia no puede ser eliminada por la simple refutación especulativa.

Será también interesante estudiar, con ocasión de este libro, si el tema

no fuera tan delicado de suyo y tan agravado por la condición racial de la autora y los partidismos agresivos de estos últimos años, la cuestión de los judíos en su aportación a la vida en general y a los mismos medios católicos. (*La Salvación por los Judíos*, de Bloy, fué libro importante para la conversión de Raissa.)

Pasando a otro aspecto peculiar de los intelectuales franceses conversos, nos da algo en rostro su poderoso nacionalismo, que, aunque muy lógicamente exacerbado por el antigermanismo bélico, no debiera olvidarse, por ejemplo, de que también hay alemanes católicos, y esa comunidad tiene primacía sobre las diferencias de país, identificando, por otra parte, la beligerancia francesa al lado de los aliados con la causa de la Iglesia. Así, hablando de Bloy en la guerra de 1914-18, dice (t. II, pág. 311): «N'avait-il pas espéré que le Pape jetterait l'interdit sur l'Allemagne? La neutralité deu Saint-Siège l'accable de douleur...». Y más abajo, cita de «Au Seuil de l'Apocalypse»: «Il s'est trouvé, aux XIXe et XXe siècles, une nation pour entreprendre ce qui ne s'était jamais vu depuis le commencement de l'Histoire: L'EXTINCTION DES AMES. Cela s'appelle la Culture allemande». O en la página 110 del tomo I, el «Nunc dimittis...» de Raissa al pensar en el posible hundimiento de su país. Y ojalá que el advertir esta paja en el ojo del vecino pueda servir para echar de ver la viga casticista aparecida en el ojo de algunos de nosotros, de manera extemporánea y casi póstuma en el atardecer de las nacionalidades.

ETIENNE GILSON, de l'Académie Française, professeur au Collège de France:
La Philosophie au Moyen Age, des origines patristiques à la fin du XIV siècle. Troisième édition. Payot. Paris. 782 págs.

La importancia que para valorar la filosofía medieval es necesario atribuir al autor de esta monografía, ya nos dice sobradamente del mérito de la obra. Los que sólo conocieran a Gilson por la versión castellana

que cierta casa editora difundió hace dos años de la primera edición de este manual, se encontrarán, en realidad, con una obra nueva, al leer esta tercera edición francesa. Baste decir que la versión castellana, den-

tro de similar formato y con tipografía más espaciada que el original, alcanza escasamente las 251 páginas; en cambio, llega a 782, de apretado texto, la edición que nos ocupa.

Desde que, en 1922, vió la luz, más como esquema que como pormenorizada exposición de la filosofía medieval, este libro de Gilson, la investigación había avanzado tanto que, de hecho, la interpretación de algunos autores clave —un Erigena, un San Anselmo, un Ockam, por ejemplo—, quedaba completamente renovada. Además, el criterio según el cual el escolasticismo se iniciaba radicalmente con San Anselmo, había sido superado. Merced a los esfuerzos de Grabman, preferentemente, el cual había seguido el método que aprendería del Cardenal Ehrle, la filosofía medieval había ido revelando sus empalmes con la escuela alejandrina y la patristica griega —en las dos versiones, pagana con Plotino y Filón, cristiana con el Areopagita, Máximo el Confesor y Gregorio de Nisa, del pensamiento helénico— y con la patristica latina por medio del coloso africano San Agustín. A su vez, nuestro Asín Palacios, había puesto en claro muchas relaciones antes poco conocidas entre la escolástica y la filosofía hispano-árabe. Gilson, en general, ha aprovechado, para refundir su obra, las aportaciones y los hallazgos habidos en los últimos treinta años, aunque no cita a nuestro Asín, y muy escasamente a Grabman.

Al aspecto primitivo de la obra ha añadido Gilson, no sólo una más cabal y puntualizada exposición del pensamiento de aquellos autores más decisivos —Erigena, Anselmo, el Aquinate, Alberto el Magno, etc.—, ya desentrañados en la primera edición, sino dos largos capítulos introductorios, en los que recorre la filosofía patristica. De este modo resulta el empeño gilsoniano de una eficacia notable. Como libro para darse una idea panorámica de toda

la rica y aún no bien calibrada filosofía medieval, resulta digno este manual, de la conocida claridad metodológica y expositiva de los tratadistas franceses. Maneja Gilson continuamente, además de la directa lectura de los textos —a través del Migne, sobre todo—, las valoraciones críticas y los descubrimientos investigatorios de Emile Brehier en su *La Philosophie du Moyen Age*, año 1937, y de Bernard Geyer (año 1928), en su *Die Patristische und scholastische Philosophie*, formando parte de la décima edición de *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, de Friedrich Uebenvog. Echa, asimismo, mano Gilson de la *Histoire de la philosophie médiévale*, de Maurice Wulf —el notable profesor de Lovaina—, publicada en los años 1934 y 1936.

Puede, pues, decirse, que, si no todas, aprovecha Gilson las principales obras que en las tres décadas últimas se han publicado en el mundo acerca de la filosofía patristica y medieval. Con esto ya puede el lector formarse una idea de lo esmerada y completa que resulta su labor. Pero conviene advertir que se trata de una historia de sistemas y encadenamientos ideológicos; no, propiamente de un hueco en el alma y vida de los filósofos. En este sentido, se contenta Gilson con darnos somerísimos apuntes. Por eso, pudiera achacársele deshumanización a su libro. Figuras tan apasionantes, humanamente, como Orígenes, San Agustín, Erigena, Ockam, apenas le merecen una apuntación biográfica. Creemos que, tanto como una síntesis —nunca bastante en un manual, so pena de desvirtuarlo— del sistema de este o del otro filósofo, importaría, para introducir al alumnado en el bosque encantador de la filosofía cristiana del Medievo, presentarle el drama que cada gran pensador vivió. Las más de las veces, aclaran más las conductas la raíz de los sistemas que no los silogismos.

ANTAL ULLEIN-REVICZKY: *Guerre Allemande, paix russe*. Editions de la Baconnière. Neuchâtel, 1947. 232 págs.

Durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, Hungría sólo aspiró en el exterior a tener fronteras más justas que las fijadas por el Tratado del Triánón. Tal consiguió pacíficamente merced al primer arbitraje de Viena (noviembre, 1938), el acuerdo húngaro eslovaco (marzo, 1939) y el segundo arbitraje de Viena (agosto, 1940). Hungría, por tanto, no tenía interés alguno en entrar en guerra. Tampoco la impulsaban motivos ideológicos para mezclarse en la contienda, porque Hungría, por razones históricas, que determinaban su estructura política y social, estaba a igual distancia del fascismo y de la democracia. Entonces, ¿cómo pudo tomar parte en el conflicto? Es lo que trata de explicar, utilizando sus recuerdos y los escasos documentos que pudo salvar, M. Antal Ullein-Reviczky, diplomático de carrera, jefe de la sección de Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores con los Gobiernos Teleki y Bardossy, y, finalmente, ministro plenipotenciario en Suecia para negociar con los aliados, bajo el gobierno Kállay.

La base de la argumentación de M. Ullein-Reviczky respecto a las relaciones cada vez más estrechas de su país con Alemania es que «un país pequeño que está en el centro de un trastorno mundial gigantesco, no hace la Historia, la padece». Es la historia, dramática por su desenlace, de este padecer de Hungría la que ascribe el autor de *Guerre Allemande, paix russe*.

Sin embargo, al principio de la contienda Hungría trató de mantener su independencia y osó negar el paso de las tropas alemanas por su territorio para atacar por la espalda a su amiga tradicional Polonia. Cierto es que en aquella época el gobierno Teleki intentaba rectificar el rumbo de la política exterior húngara, comprometida con el Eje por

las ventajas territoriales conseguidas con su apoyo sobre Checoslovaquia, aunque M. Ullein-Reviczky argumente con habilidad que este país sólo era «nacional» nominalmente, y que el resultado del primer arbitraje de Viena fué avalado por los Presidentes de los Consejos de Francia e Inglaterra. Pero los propósitos de Teleki se vieron frustrados por la derrota de Francia y la situación de Inglaterra, lo que condujo a Hungría a buscar un *modus vivendi* con el dueño de Europa: Hitler. Sin embargo, reconoce que Hungría cometió un error capital al plantear la cuestión de Transilvania, que, resuelta a su favor, hipotecó su libertad. En seguida, Hungría tuvo que adherirse al Pacto Antikomintern. Posteriormente, el asunto de Yugoslavia provoca de rechazo la declaración de guerra a Hungría por parte de Inglaterra, hecho que motivó el suicidio de Teleki. La subida al poder de Bardossy, casi coincide con la declaración de guerra a la U. R. S. S., bajo la presión del general Werth, jefe del Estado Mayor y ferviente germanófilo. Al caer Bardossy, es nombrado Kállay presidente del Consejo, cuyo objetivo principal fué ir apartando poco a poco a Hungría de la guerra, sin irritar al coloso germano, lo que no logró, y acercarse a los aliados, propósito en el que también fracasó, siendo tratado en enemigo, sucesivamente por los alemanes y los aliados.

Con la misión de ponerse en contacto con los aliados, M. Ullein-Reviczky fué enviado a Estocolmo. De los esfuerzos que llevó a cabo en Suecia se desprende que una vez más los aliados no pecaron por exceso de perspicacia y entregaron a su «gran aliada, Rusia», el destino de este país pequeño, radicalmente anticomunista, que temía y padecía a Alemania, pero odiaba a los soviets.

En rigor, sobre el último acto del drama húngaro (ocupación de Hun-

grín por los alemanes, constitución del Gabinete Sztojaj, formación del gobierno Lakatos, detención del Regente Horthy, invasión alemana y dictadura de Szálasi), y la paz rusa propiamente dicha, M. Ullein-Reviczky no nos dice gran cosa de interés. Alejado de su país, sólo a grandes rasgos podía pintarnos su situación. Actualmente desterrado en Turquía,

aun a la vista de su patria sojuzgada, el autor de *Guerre allemande, paix russe*, termina su obra con un grito de esperanza «en la victoria final del espíritu sobre la materia, de la libertad sobre la esclavitud, del amor sobre el odio». Esa su esperanza que se nutre de una férvida fe suaviza con un vago resplandor la opacidad del doloroso presente de Hungría.

R. S. COTTERILL: *Histoire des Ameriques*. Payot. París, 1946. 389 págs.

Numerosos profesores de Estados Unidos deseaban ampliar el contenido del curso que sirve en toda la Unión de introducción obligada a la historia de la gran confederación anglosajona, hasta comprender el conjunto de la de todo el Continente americano. El objeto inicial de este propósito era situar la historia norteamericana en su cuadro geográfico para que los alumnos no tuviesen de los problemas estadounidenses una visión estrecha de aislamiento. La razón invocada era que las diversas naciones americanas, aunque política y culturalmente separadas, se han encontrado durante su desarrollo sometidas a análogas influencias sociales y económicas antes de que algunas políticas internacionales deliberadas, como las del panamericanismo, quisieran forzar artificialmente, la unidad continental. De todos modos, unidos o separados, las relaciones entre las dos partes, ibérica y anglosajona, han tomado tanta amplitud que impiden ya los estudios aislados sobre la historia del sector Norte.

Así, meses después de terminar la guerra mundial, es decir, a fines de 1945, al publicarse el primer libro que pretendía llamarse necesidad de instrucción general histórica, fué acogido con excepcional interés. Fué esta obra de R. S. Cotterill. Su título original es *A. short History of the Americas*. La edición en francés, hecha el año siguiente, es la que, difundida después extensamente, ha llegado ahora a España. El fin que se propone el autor es, no sólo dar al es-

tudiante una visión general panorámica de la historia del Nuevo Mundo, sino de informarle del modo de poder proseguir solo sus investigaciones o lecturas. A este objeto informativo orientador se ha subordinado todo el plan del libro, y eso ha determinado igualmente el carácter de las notas bibliográficas que siguen a cada capítulo, pues sólo se citan obras que tienen abundancia de informaciones.

Naturalmente, en una historia así planteada, la mayor dificultad estaba en escoger los acontecimientos, por lo cual, el autor, al redactarla, se vió obligado a condensar y apretar, por lo cual los acontecimientos evocados se juntan unos con otros, en una continuidad algo maciza. Como el plan preconcebido era acentuar las fuerzas e influencias comunes a toda América, no ha retenido de los hechos nacionales más que lo estrictamente indispensable para marcar la evolución de cada nación.

En el contenido de los diversos capítulos no sólo trata de los episodios políticos, que presenta en riguroso orden cronológico, sino que tiende a agrupar los hechos sucedidos en ciertas épocas en torno a los fenómenos demográficos, económicos, etcétera, que en ellos predominaron. Así se ven capítulos consagrados a la época de la esclavitud y la busca de pieles, a la influencia indirecta de Napoleón, a la inmigración europea, a la «era de los ferrocarriles», etc.

Este empeño de una nueva forma de presentar acontecimientos podrá

considerarse, acaso, como un mérito del libro. Otro mérito es su deseo de objetividad, evitando centrar toda la historia americana alrededor de los Estados Unidos, tratando de hablar de cada país sin ningún espíritu particularista y sin prejuicios a favor de ninguno. También puede apuntarse a favor de R. S. Cotteril el hecho de que su afán de incluir todo le hace tratar de las Guayanas, Haití y otros sitios de que el estudioso de historia americana no suele encontrar con facilidad referencias.

En cambio, como defectos no es posible dejar de señalar algunos, escasos, pero grandes. Sobre todo la presentación del mapa inicial que figura en las páginas 8 y 9, donde el

autor dibuja el Virreinato de Nueva España con la mitad de extensión del Méjico actual, pues no sólo Arizona, Nuevo Méjico, California y casi todo Texas, sino Cuahuila, Culiacan, Mazatlan, etc., se los atribuye a Luisiana. Defecto es también el haber presentado borrosamente la acción colonizadora de España, cuyas realizaciones se distribuyen de modo confuso y revuelto entre las de los demás, incluso las de Holanda.

De todos modos, como resumen general, la difusión de esta obra hecha en la edición francesa de Payot puede ser útil, porque el afán de acumular datos hace de ella un memorandum resumido completo de grandes hechos y grandes épocas.

EDUARDO COMÍN COLOMER: *Historia del anarquismo español*. Editorial «Radar». Madrid, 1948. 432 págs.

No es, ciertamente, fácil tarea la de historiar el fenómeno anarquista. Sus relaciones con extraños poderes que hacen del secreto piedra capital en su arquitectura, y la propia reserva de quienes han de vivir la mayor parte de su existencia al margen de la ley, en huida constante, suponen la carencia de documentos escritos; en tal sentido, el material más importante para la construcción moderna de la historia es, naturalmente, escaso. Las declaraciones públicas, en una o en otra manera, adolecen casi siempre de un doble sentido, expresando para el profano unas ideas que el iniciado sabe interpretar de forma distinta, y, finalmente, en los rollos de la actuación judicial, salen a relucir con harta frecuencia subterfugios tendentes a desviar la acción de la justicia, a confundir las actuaciones y a llevar, en definitiva, el peso del castigo sobre hombros de antemano determinados, generalmente poco relacionados con el verdadero y misterioso poder que fué causa de la actuación judicial.

Sobre todo ello, el anarquismo ha proclamado, además, su repulsa a la

participación activa de la política, entregándose a una labor de agitación social, premisa imprescindible para el logro de sus aspiraciones; y ello limita también las posibilidades del historiador en su busca de fuentes, pues no en vano esta peculiar manera de actuar del anarquismo presupone una clara intención de apartarse de toda polémica de actuación, de donde tantas ventajas y conocimientos pudieran desprenderse.

Queremos, con todo lo que antecede, señalar que Eduardo Comín Colomer ha debido de tropezarse con no escasas lagunas en su animosa tarea, al escribir la *Historia del Anarquismo Español*; una Historia que abarca desde 1836 con la fundación en Barcelona de la primera Sociedad de Resistencia hasta 1948, recogiendo la grave escisión habida en las filas ácratas españolas y ocurrida en París con ocasión del Congreso de 1945, al separarse la Confederación Nacional del Trabajo de la Federación Anarquista Ibérica. Sin embargo, la experiencia y el profundo conocimiento del autor han sabido orillar cumplidamente tales inconvenientes, y así ha logrado

un libro pleno de interés, cuajado de documentación, donde el devenir histórico del anarquismo se ofrece a los ojos del lector, a quien se le explican muchas relaciones misteriosas entre sucesos al parecer independientes, dejándole, por otra parte, en buen camino para completar juicios sobradamente iniciados con la acertada narración de determinados hechos.

Hay en Eduardo Comín Colomer una técnica muy firmemente cultivada, al servicio de su intento; no olvidemos, por otra parte, que el autor de la *Historia del Anarquismo Español* ha publicado con anterioridad a este libro otros cuantos sobre motivos histórico-políticos, todos los cuales le han servido ahora de antecedente para su última tarea; pero entre los que interesa resaltar, la obra *La Masonería en España* y el *Ensayo Crítico de la Doctrina Comunista*, donde se estudia el desarrollo y desenvolvimiento de la idea comunista desde las leyes de Minos, en Creta, hasta la realización de la IV Internacional.

Por lo que a la obra que ahora comentamos se refiere, en ella se nos ofrece el panorama de la vida sindical española, tan afín a la vida social y a la política, en un período de ciento doce años. Son, por otra parte, años críticos de alto valor para el análisis y la deducción consiguiente. La mezcla de un problema social, de existencia indudable, utópicos sueños, maquinaciones secretas de amplias ambiciones, pequeñas cobardías y, a la vez, reacciones esporádicas y faltas de sistema y finalidad, se ofrecen con el contrapunto constante de la «propaganda por el hecho»; aquellas acciones violentas que llenaron de temor, de asombro y de indecisión a los gobiernos españoles, quienes veían alzarse ante cada uno de sus actos independientes y patrióticos la bomba, el puñal o la pistola anarquistas.

Hasta qué extremo, por otra parte, el sistema fué práctico en España, nos lo demuestra la misma progresión miltitante que a estos hechos sucedió; pues en tanto que en otros países las autoridades tomaban las más enérgicas medidas en contra y prevención de tales sucesos, en España la débil

política actuante se limitaba a dejarse influir por maquinaciones extrañas y por el ruido, más amenazante que peligroso, de los comentarios periodísticos externos y de las voces dadas más allá de las fronteras.

A tal respecto, es curioso observar cómo la táctica ha querido prolongarse y reverdecer a través de los años; pues este mismo afán proteccionista por los detenidos, que manejaban explosivos y ponían en peligro la vida y los bienes de los ciudadanos, además de la tranquilidad del Estado, se ha manifestado en no muy lejana época, surgido, sin duda, de las mismas ocultas y sinuosas mansiones de donde salía por aquellos tiempos, en los años finales del pasado siglo y en los primeros del XX.

Por otra parte, si en general la historia del anarquismo está determinada por la sucesión de sus acciones violentas, en España tales acciones son constantes y se repiten a lo largo de los años, influyendo en ello, sin duda, la peculiar y arriscada característica de nuestro temperamento. En ocasiones son las víctimas simples obreros, rebeldes a las normas dictadas por el Sindicato único, o patronos que intentan oponerse a las drásticas medidas acordadas por sus operarios en huelga; otras veces son agentes de la autoridad, que persiguen a los revoltosos, o empleados que intentan hacer frente a los atracadores; pero son también, con harta frecuencia, hombres claves en la situación política o histórica del momento; como los ejemplos de Prim, Cánovas del Castillo o Canalejas. Es entonces, principalmente, cuando la acción oscura de otros poderes entroncados con el anarquismo se hace sentir de más directa manera. La red que prepara e interesa un atentado contra los Jefes de Estado o de Gobierno sobresale siempre de las fronteras nacionales, y, en definitiva, no suelen ser mejores sociales lo que con su perpetración se intenta asegurar, ni aun siquiera afirmaciones de principio, sino razones de alta política, en las cuales los obreros son simples peones movidos por fuerzas que los ligan, pero que están atadas, a su vez, a más altos y poderosos lazos

¿Cómo los obreros, tan repetidamente juguetes de este engaño, no se dieron cuenta de ello? Las razones son múltiples, y todas ellas de peso. En realidad, era innegable que existía un problema social en el mundo, y, consecuentemente, en España tras el arrollador triunfo del capitalismo; y resulta de igual manera evidente que hasta la fecha en que los propios obreros no se agruparon en órganos específicos para su propia defensa poco se hizo para mejorar su lastimoso estado. Arrancando de aquí, es fácil deducir, por otra parte, de qué forma la desesperación señala los caminos y cómo la lenta labor de muchos años, desarraigando del alma principios y subvirtiendo normas, había de florecer. Si las consecuencias sociales podían por una sola parte mostrarse hábilmente como beneficiosas, ello ya podía ser más que sobradamente suficiente para asegurar la próxima acción, sin contar, además, con la promesa de un feliz futuro lejano; capaz de mover al riesgo la que pudiéramos llamar —y valga por gráfica la licencia— mística luzbeliana o simplemente mística a la inversa.

Pero todas estas consideraciones que a nosotros nos sugiere la lectura del libro, no están desarrolladas en la obra de Comín Colomer. El autor, que no ha hecho una historia de la doctrina, ni tampoco una historia filosófica del anarquismo, no ha considerado los móviles que en cada momento determinado hayan podido mover a la acción las pistolas de los ácratas; sino sencillamente la fuerza que al hacer la impulsaba y los resultados de tal concurrencia de ordenadores y de ejecutores, sin preguntarse por qué extraña razón éstos obedecían, pues no siempre —y ello está claro— podría hablarse de móviles tan claramente personales como los de Ferrer, o tan patológicamente explicables y miserablemente explotados como los de Mateo Morral.

No es lo que aquí hacemos una censura al libro, sino comprobar un hecho que tiene su importancia desde el punto de vista de la investigación política, con el deseo de que su consideración despierte la atención de al-

gún investigador curioso, capaz de seguir las huellas que a una posible aclaración conduzcan.

Comín Colomer narra, sucintamente, los hechos acaecidos. Y tiene el acierto, además, de pasar aladadamente sobre todo lo que pudiera ser simple curiosidad morbosa; de esta forma los crímenes quedan apenas apuntados, sin detenerse en consideraciones que, aun teniendo la posible ventaja de aliviar de su rigorismo en datos y fechas la narración, hubieran empañado el buen trabajo histórico con matices que quitarían rigor a su trabajo, aumentándole simple valor anecdótico.

Pero en la línea histórica seguida, que es, en general, la determinada por el imperativo cronológico, sí es buena lección observar cómo las fuerzas de la acracia hubieron de enfrentarse con las otras tendencias marxistas, y cómo la enemiga del comunismo se vió clara, no ya al final del lapso historjado, sino desde el principio. Los acuerdos fueron escasos y muy concretos; las desavenencias, constantes y manifiestas. La línea, por otra parte, arriscada y ajena a toda colaboración de los anarquistas, tendría, naturalmente, que enfrentarse con la sinuosa marcha de la política socialista primero y de la comunista después. Los anarquistas no pudieron comprender nunca la colaboración de los socialistas con la Dictadura, ni que hubiera que suspender la lucha social al advenimiento de la segunda República; mas pagaron caros tales pujos de independenciam, pues desde que la guerra civil estalló en España se inicia la maniobra comunista, que consigue, finalmente, desbordar a los anarquistas, debilitados por su reciente pleito con Angel Pestaña y su sindicalismo político; y también, posiblemente, por el hecho posterior de haber formado parte de un gobierno que al final los repudia, colocándolos en una extraña situación de oposición colaboracionista, de donde arranca, finalmente, su última desventura del exilio, con total separación de la Confederación Nacional del Trabajo y la Agrupación Anarquista Ibérica.

Este episodio de la lucha y colaboración con el comunismo es de lo más

interesante, y Eduardo Comín Colomer, aunque con brevedad, lo expone en ciertos rasgos, apoyado por datos de extraordinario valor. Realmente, desde el punto de vista puramente político, aquí es donde reside el má-

ximo interés de la obra. Desde el punto de vista histórico toda ella es un acabado trabajo digno de alabanza y llevado a término con la mayor dignidad y el máximo rigor documental y literario.

JUAN BENEYTO: *Historia de las doctrinas políticas*. Aguilar, Madrid, 1948. 485 páginas.

La nueva obra del señor Beneyto contiene una exposición relativamente detallada de la historia de las doctrinas políticas. La primera parte abarca la antigüedad y la Edad Media. El primer libro se refiere a la cultura grecorromana y ofrece una visión de conjunto desde la «polis» griega hasta el Imperio de Bizancio. El segundo libro comprende las nuevas aportaciones: el mundo cristiano, el elemento germánico y la influencia islámica. El tercer libro, por último, se ocupa de la Cristiandad y del Imperio. El señor Beneyto trata con esta ocasión de las bases culturales de la política medieval, del orbe europeo, del «regnum» y la «civitas», del «regnum» y el «regimen», de una tipología de la autoridad y del monarca, de la posición del súbdito, de la representación del pueblo, del ideal del caballero y de la doctrina de los «estados», del orden político eclesiástico, de la relación entre los dos poderes, del adoctrinamiento del monarca, etcétera. La segunda parte está consagrada al Estado Moderno. Se compone de cuatro libros que investigan descubrimientos, humanismo y reforma; barroco e ilustración; revolución y liberalismo, y la crisis del Estado liberal. Dos repertorios alfabéticos referentes a personas y materias, respectivamente, cierran la obra.

El tratado del señor Beneyto constituye una extensa y documentada exposición del temario político. El libro

es idóneo para estudiantes; pero tal vez lo sea más para estudiosos que busquen un libro de consulta. Esta diferencia en la idoneidad no implica ningún reproche a la obra del señor Beneyto. En el fondo se trata de una particularidad de todos los relatos históricos de doctrinas espirituales sin sistema estable o de tal amplitud de contenido que la labor de historiarlas peca forzosamente de parcialidad arbitraria. En nuestro caso se añan ambos supuestos, por cierto relacionados. En efecto, el concepto de «doctrina política» no posee sino contornos borrosos, mezclándose en su seno problemas políticos, cuestiones de Derecho Político e interrogantes iusfilosóficos. Por el otro lado, veremos en el curso de la Historia Universal desfilar situaciones muy diversas: la polis griega, el Imperio romano, el Califato, el Imperio medieval y el Papado, el Estado moderno, la lucha de clases, etc. Si sobre objetos tan diversos pasa el rodillo de una exposición de conjunto, se produce forzosamente una nivelación, hostil a la esencia individual de los fenómenos. Por esta razón conviene más a los estudiantes empezar con una introducción, o con un sistema, o, inclusive, con una monografía sobre un tema concreto, que con una historia. Todo ello no es obstáculo a que la obra del señor Beneyto posea un alto valor científico, premio de un gran esfuerzo de trabajo.

LELAND M. GOODRICH y EDWARD HAMBRO: *Charter of the United Nations. Commentary and documents*. World Peace Foundation, Boston, 1946, 413 páginas.

La obra que tenemos a la vista consta de tres partes. La primera parte, que cumple de cierto modo las funciones de una introducción, empieza con el fracaso de la Sociedad de Naciones, que los coautores atribuyen al colapso económico, el surgimiento de regímenes totalitarios, y, sobre todo, a la debilidad de los pueblos amantes de la paz. A continuación se pasa revista a las proposiciones de Dumbarton Oaks, al acuerdo de Yalta y a la Conferencia de San Francisco. Los coautores ofrecen luego una excelente visión de conjunto del contenido de la Carta en 25 páginas. Finalmente, unas advertencias interesantes sobre la interpretación de la Carta merecen mención. La segunda y principal parte contiene un comentario de la Carta. De las muchas dudas hermenéuticas que la Carta implica y que se encuentran resueltas en

el Comentario, destacamos, a título de ejemplo, el problema de la denuncia de la Carta por un miembro de la O. N. U.: la Carta no contiene ninguna disposición sobre el particular, pero una declaración aprobada por la Conferencia admite la denuncia. También se analiza el tristemente célebre derecho al veto, haciendo especial hincapié en que este derecho no corresponde a una potencia que es parte, conforme al capítulo sexto de la Carta (art. 27, párrafo tercero). La tercera parte reproduce documentos de interés, como la Carta del Atlántico, los estatutos de la Corte Internacional de Justicia, etc.

El libro es de indudable utilidad para los estudiosos del Derecho Internacional, aunque la experiencia respecto a la Carta, en el año 1946 era, por cierto, muy exigua.

HANS VON HENTIG: *The criminal and his victim. Studies in the Sociology of Crime*. New Haven, Yale University Press, 1948, 461 páginas.

El señor Hentig, uno de los más célebres criminalistas del mundo, completa con el libro que tenemos a la vista, la obra: *Crime, causes and conditions* (1947), reseñada oportunamente en *Información Jurídica* (número 53, págs. 154-155). Von Hentig parte del hecho de que entre las condiciones sociales y los elementos físicos del delito existen otras causas de carácter mixto que precisamente por éste su carácter escapan a la atención de los sociólogos, por un lado, y de los psiquiatras y antropólogos criminalistas, por el otro. Von Hentig dedica su investigación a estas causas.

La primera parte del libro trata de los factores corporales del crimen. En esta parte se estudian, por ejemplo, las relaciones entre el delito y la vida excesivamente larga o corta de los padres, la primogenitura, el ser gemelo, el tener el pelo gris o rojo, la sordera, la ceguera y, en general, to-

da clase de enfermedades, sobre todo mentales. La segunda parte es consagrada a los elementos socio-biológicos del crimen. La tercera parte investiga los lazos entre geografía (clima, estaciones, horas del día, etc.), y el crimen. La cuarta parte, por último, expone la participación que la víctima puede tener en la perpetración del delito. He aquí precisamente uno de los rasgos más originales del tratado de von Hentig. La manera de ser de ciertas personas (jóvenes, mujeres, deprimidos, descuidados, solitarios, etc.), «provocan» en sentido amplio la comisión de determinados delitos.

Creemos que la obra científica de Hans von Hentig no ha encontrado todavía en España la atención que merece. Por ello aprovechamos esta ocasión para recordarla de nuevo a nuestros penalistas.

JOSÉ LUIS DE ARRESE: *Capitalismo, comunismo, cristianismo*. 2.^a edición. Editorial «Radar». Madrid. 388 págs.

La publicación de una segunda edición de este importante texto político, al año casi de editada la primera, hace a quien hojee nuevamente el libro de José Luis de Arrese sorprenderse del acierto y visión del autor, capaz de anticipar hechos y soluciones políticas entonces ignoradas y que hoy son de curso y vigencia en la vida pública. Sobre todos los aciertos de *Capitalismo, comunismo, cristianismo* hay que colocar, pues, esta finalidad práctica. Los problemas de máximo latido universal, referidos a España sin abandonar las esencias del módulo falangista —en el que José Luis de Arrese representa no sólo la fidelidad, sino también la identificación y vinculación con el estilo joseantoniano—, cobran ante la pluma del político valor de incógnitas a despejar exclusivamente por medio de procedimientos de cristiana universalidad.

Capitalismo, comunismo, cristianismo ha sido pensado con perspectiva y dimensión filosófico-histórica. Así, será difícil que encontremos en él ese desfile movedido de anécdotas actualistas y marchitables con que, hoy por hoy, se suelen hacer los libros políticos en el mundo. José Luis de Arrese ha preferido continuar en una línea positiva de escritor político, obtenida tras una larga capacitación filosófica, política e histórica, atenta por igual al momento de España y al momento universal. A Arrese debemos la actualización y adaptación a las circunstancias de cada día —guerra civil, guerra y post-guerra internacionales— de mucho del fondo doctrinal que José Antonio dejó a la Falange.

El triple enunciado del título hace necesario un estudio separado y objetivo de cada uno de estos fenómenos sociales, dotando al trabajo de la máxima hondura y sistematización. Así lo hace Arrese en *Capitalismo, comunismo, cristianismo*; pero su labor no queda reducida al mero estudio crítico-histórico. Un libro político no lo es verdaderamente si no lleva impresa

en sí fuerza suficiente para abocar a situaciones políticas. No eran, pues, la mera exposición y el exhaustivo análisis otra cosa que camino conducente al explayamiento de la propia doctrina política de Arrese, aquella a la que llegó por vías de experiencia, personal intervención en las tareas del Estado y convencimiento y ratificación en su credo falangista ardientemente sentido.

En el libro, sus dos partes fundamentales —«Historia crítica de la situación actual» y «Una solución cristiana»— abarcan similar número de páginas. Son dos aspectos muy distintos, sin embargo, los que revista el autor en cada una de ellas. La objetividad, la penetración crítica, la buena ponderación filosófica del autor, van presentando a quien lee un justo panorama de hechos y consecuencias, a través de los capítulos titulados: «De cómo una filosofía racionalista dió origen a la política liberal», «De cómo la política liberal creó el sistema capitalista», «De cómo el capitalismo produjo la fórmula comunista», «Solución conservadora de los llamados partidos de derechas» y «Solución revolucionaria de los fascismos». La segunda parte, bajo el enunciado de «Una solución cristiana», nos muestra ya al político creador y actuante. Sus capítulos son estadios sucesivos en el logro de esta solución; he aquí sus distintos enunciados: «En busca de una nueva fórmula», «La vuelta al hombre», «Teoría sobre el Estado de los sistemas individualista y totalitario», «Una nueva teoría del Estado», «El Estado como unidad de destino», «Teoría del poder. La separación de funciones», «Una nueva teoría económica. El cooperativismo», «Organización de la empresa en régimen cooperativo. La participación en los beneficios», «La revolución agraria», «La organización sindicalista», «Intervención del pueblo en la función administrativa del Estado. Cámara administrativa», «Intervención del

pueblo en la función política del Estado. Cámara política» y «Esquema de una posible organización del Estado».

Arrese, con mentalidad eminentemente política, apareja las razones históricas y las más altas de suprema valoración humana —entendido el hombre como portador de valores eternos—, con las de justicia social, acercando el pueblo a las tareas políticas y administrativas del Estado por medio de una intervención directa, a través de los cauces profesional, sindical y municipal, sin previo expurgo político, pues bien discriminadas quedan en el libro las dimensiones de los términos «partido» y «movimiento».

En el capítulo XVII, «Esquema de una posible organización del Estado», es donde más original y libremente se ha movido la pluma política y la capacidad creadora de José Luis de Arrese. Ello no empece a que sea precisamente aquí, en muchas de las sugerencias fijadas por el político, donde encontremos más puntos de verificación y contacto en relación con la realidad política nacional. Casi un estudio matemático, tanto como un magnífico edificio de posibilidades políticas y administrativas, representa el esquema de Arrese, que, no obstante su elaboración teórica, ha sido minuciosamente planteado sobre supuestos prácticos ofrecidos por la realidad misma.

Por cuanto a la proyección internacional de *Capitalismo, comunismo, cristianismo*, basta mirar al mundo y leer el epílogo «Las Falanges del Cristianismo» para identificarnos con la postura generosa y cristiana de Arrese cuando dice: «Nadie pone en duda la exigencia de establecer los Estados Unidos de Europa; pero queda la segunda cuestión: ¿unidos en qué?, ¿en la Geografía?, ¿es que la Geografía es capaz de hacer esta clase de milagros?, ¿en la Historia?, ¿es que

hay alguna comunidad histórica entre el Oriente asiático y esta vieja civilización cristiana? No; la unión hay que buscarla en un común pensamiento; no basta con decir «conviene» para luego empezar, como esos mercaderes que todo lo venden, a pensar en el precio de la transacción; es preciso meditar primero si en esta encrucijada del mundo, en que cada vez se van perfilando mejor los campos de dos únicas e irreconciliables posturas, no ha llegado ya la hora de zafar de un golpe todas las rencillas que por una u otra causa han venido extenuando a los pueblos occidenales desde hace más de cuatro siglos...» Pero el autor no olvida que su voz es una voz española y, por tanto, reciamente universal y cristiana, como tampoco puede olvidar la posibilidad generosa y positiva de la Falange. Por ello exclama: «Si los hombres quieren vivir como hermanos no tienen más que un solo camino: organizar de nuevo las falanges del Cristianismo; España tiene ya la suya; una Falange propia, nacional, española y, por tanto, inservible para la exportación, pero tallada según las normas de la civilización occidental y, por tanto, encuadrada dentro de ese ejército que necesita la Cristiandad.»

Capitalismo, comunismo, cristianismo, libro escrito en España pensando en los problemas del mundo, no deja de ofrecer a nuestros ojos de españoles interesados en la política y las razones de nuestro tiempo amplio margen a sucesivos estadios de maduración política nacional, al abrir vía a radicales aclaraciones acerca de temas fundamentales, como los de Falange y «partido único», funcionamiento de partidos políticos que acepten los dogmas fundamentales del Estado, nacionalización de la Banca y otros que con clara visión se plantea y resuelve José Luis de Arrese.

RAYMOND MANEVY: *Histoire de la Presse, 1914-1939*. Editions Correa. Paris.

La historia de los siglos áureos ha quedado en las crónicas y documentos que se guardan en los armarios de acero de los viejos Archivos. Ahora, la de los tiempos modernos, se va guardando en las nuevas crónicas que son los diarios de donde pasan a los microfilms que por su pequeño tamaño permiten almacenar las copias y llevar de este modo por el mundo de los estudiosos y de los eruditos todo un rico material para sus futuras tareas. Serán, pues, estos documentos cinematográficos aquellos que en el porvenir se proyecten en una pequeña sala de cinema conjunta a la biblioteca, ante un hombre poco acostumbrado al «cine» para ver pasar ante sus ojos el editorial del *Times* sobre los manejos rusos o el artículo del más sutil comentarista diplomático de *Le Monde*, el *Yá*, el *Berliner Tagblatt* o el *Corriere della Sera*. Y es por la razón de que todos ellos componen uno de los más importantes documentos para la historia, por lo que es de supremo interés el conocer conjuntamente la de los mismos y así saber de su creación, de sus vicisitudes, de sus picardías que, en ocasiones, se transforman en malas acciones. Historia de la prensa, en una palabra. El libro de Raymond Manevy no es una pieza erudita y sí un libro-reportaje. Un reportaje que en vez de ocupar las dos columnas y pico de un diario con dos o tres fotografías y un título a dos columnas, amén de tres o cuatro subtítulos que responden más a lo llamativo que a lo que aquél encierra, se extiende sin fotografías, pero sí con muchos titulillos por las trescientas y pico páginas de un volumen de letra clara y papel mediocre. Reportaje a la ligera el de Manevy, más para profanos que para profesionales, y donde los secretos descubiertos no son muy importantes, pero sí curiosos, ya que el cotilleo —no hay que asustarse de esta palabra— preside muchas páginas de esta *Histoire de la Presse* de años tan cruciales para Europa como

los que corren de julio de 1941 a septiembre de 1939.

Pese a los que pudiéramos llamar defectos de la ligereza y el «cotilleísmo», en algunas ocasiones el libro de Manevy tiene cierta utilidad para el que quiera historiar la prensa francesa de dichos años, ya que, aunque el título nada dice de si la historia de la prensa es universal o francesa, es tan sólo de ésta de la que se trata en el volumen de que nos ocupamos. De la prensa de Francia, y más en particular de aquella de carácter político, ya que nada o casi nada se habla de la de índole literaria, científica, artística o deportiva. Este es un fallo más grave del libro que los anteriormente señalados, ya que toda esta prensa es de sin igual interés, como no es preciso destacar, para estudiar la crónica contemporánea de un pueblo.

Y lanzada ya una mirada de conjunto sobre el libro de Manevy, hemos de detenernos en el matiz político del libro, que es ostensiblemente de carácter izquierdista; más aún: dentro de este amplio campo de una zona muy cercana a lo comunistoide.

Hay en la obra de Raymond Manevy un capítulo que, para nosotros, tiene un mayor interés. Es el XIV —penúltimo de la obra— y se titula «La guerra de España». El mismo es en extremo breve, y lo que en él cuenta no son, ni mucho menos, cosas secretas, y sí más bien incompletas. Peca también aquí el autor de sectarismo, pues afirma como veraces cosas desechadas por todos como falsas y no admite, en cambio, otras tan claras como que algunos países europeos violaron ampliamente el acuerdo de no intervención en la guerra española con el envío de las brigadas internacionales.

Dentro del capítulo de referencia hay un subcapítulo titulado «Corresponsales de guerra», falto abiertamente de información o acaso de «memoria», ya que en la lista de corresponsales y articulistas de nuestra guerra no están —y citamos de memoria—

Georges Rotvand, que escribió crónicas para *Paris-Soir* y más tarde un libro titulado *Porquoi Franco vaincra.* y Robert Brasillach, quien las hizo para *Je Suis Partout* y *Gringoire*, así como Massis, el Conde de Saint Aulaire, Hericourt y tantos otros que no citamos para no convertir una resección bibliográfica en una pura bi-

bliografía. Y esto es el breve resumen de lo que la *Histoire de la Presse*, de Raymond Maney, representa. Libro ligero y periodístico dedicado a gran público y que un día podrá también servir de base a una historia grande y erudita como tan amplio y trascendental período de tiempo precisa quede para el porvenir.

HEINRICH BENEDIKT: *Monarchie der Gegensaetze. Oesterreichs Weg durch die Neuzeit.* Ullstein Verlag. Wien, 1947. 210 págs.

Un título insípido, además de dudoso gramaticalmente, libra al lector de toda parcialidad preconcebida a favor de este breve ensayo. El librito no revela su propósito sino en un recóndito subtítulo que dice: «El camino de Austria a través del tiempo moderno.» Se trata, pues, de una historia de la monarquía austríaca desde la transformación del régimen feudal en estado territorial y nacional. Posiblemente, sin embargo, tras aquel epígrafe inexpressivo de «la monarquía de las contradicciones», se esconde algo digno de explicarse más distintamente. Interpretando, conforme a la idea del autor, el tema como historia de un destino supranacional, resulta dudoso que la monarquía austríaca se señale por un número de contradicciones intrínsecas superior al de otras grandes empresas de esta índole. Por lo que sí se distingue es por la conciencia aguda que tiene el espíritu austríaco del modo paradójico de proceder la historia. En el proceso histórico toda gran idea llega a su madurez, pero caminando por rodeos inverosímiles, nunca por la línea recta que a su desenvolvimiento prescriben los planes humanos. Ironía esencial de la historia que confunde a ideologías fanáticas y programas revolucionarios. Es este espíritu tradicional de Austria el que también reina, muy discretamente, en la brevísima obra del doctor Benedikt de la Universidad de Viena.

El libro, aunque no más que esbozo de una posible historia política, cultural y económica del Imperio centroeuro-

peo, tiene el equilibrio que sólo está al alcance de un escritor completamente versado en la materia. El problema desesperante de comprimir en poco más de doscientas páginas de tamaño bolsillo una evolución variadísima de cuatro siglos, lo resuelve el autor por la correspondiente densidad de su exposición. Está a prueba, en general, del peligro de las fórmulas simplificadoras, aunque no siempre escape el de la dicción concisa.

La impresión de su serenidad científica resulta realizada por cierta circunstancia personal, por lo demás no sin interés puramente humano. Los años del dominio nacionalsocialista los pasó el autor fuera de su patria, y, según todas las apariencias, en Inglaterra. Sin embargo, está muy lejos de haberse contagiado, como tantos emigrados centroeuropeos, por el esquematismo de los anglosajones, tan precipitados al juzgar a toda creación política únicamente según las normas de su propia experiencia constitucional e internacional. Se diría que Benedikt volvió a Austria firmemente resuelto a romper, por medio de una confrontación imparcial, el falso dilema entre las ideologías políticas de Europa Central y las del mundo de habla inglesa.

A fuerza de una burocracia suprafaccionaria y supranacional la monarquía austríaca echó un rumbo opuesto al del parlamentarismo aristocrático y burgués de Inglaterra. Acertó, sin embargo, a crear, y con más rotunda perfección en algunos respectos, exactamente los mismos valores humanos

y universales que una admiración ilimitada puede atribuir al obrar de la no escrita constitución inglesa y el Commonwealth Británico. Citando a Pope. aboga Benedikt:

For forms of government let fools con-
[test,
Whate'er is best administer'd is best.

Este paralelo austrobritánico es la más importante aportación historiográfica de Benedikt. Lo traza con igual firmeza sobre el terreno internacional a modo de función regidora y recíproca dentro del cambiante equilibrio de poder europeo. Desde el siglo XVII Austria formaba, con Inglaterra, el principal contrapeso en compensación de Francia. Pero la colaboración angloaustriaca hubiera resultado imposible de extenderse el Imperio de los Habsburgos al norte germano. Así, pues, este sistema europeo no permitía ninguna solución del problema de la unidad nacional de todos los alemanes, dando lugar, por otra parte, al nacimiento de una segunda gran potencia alemana. Benedikt considera la condición, que Inglaterra estipuló al garantizar la Pragmática Sanción, de que María Teresa se negase a todo contrato matrimonial alterante del equilibrio europeo, como primera prohibición del «Anschluss». De este modo se concentra la mirada sobre una posibilidad poco explorada de encontrarles una clave a cuatro siglos de vicisitudes europeas, y particularmente a la época que se extiende entre la Paz Westfálica y el Congreso de Viena.

El lector, tal vez sufriendo de un resabio de la propaganda aliada durante la primera guerra mundial, se sorprenderá no poco con la afirmación de que «Austria quedaba viable hasta su última hora». La causa de su muerte repentina en 1918 —según el autor, que prescinde de toda otra explicación— fué la negativa de Hungría, apoyada en la amenaza de cortar la provisión de Viena, a la emancipación de las nacionalidades eslavas

dentro de un estado federal, proclamado finalidad de guerra por los aliados e intentado por el Emperador Carlos. Fué el estado nacional el que mató al Imperio supranacional. Lo que no impide a Benedikt hacer justicia al modo de ser de los húngaros.

La singularidad de Austria, su encanto y su significación, escribe el autor, radicaban en su debilidad. Cuestión de autoridad dividida entre el poder central de la Viena burocrática y la abundancia de unidades históricas, sociales, nacionales y administrativas del Imperio. El sistema, tan flojamente compuesto de tantas personalidades colectivas, servía, en definitiva, a «la única personalidad no fictiva, sino corpórea, que es el hombre». Si se añadiera: el hombre como portador de valores eternos, no se haría violencia a la intención de la frase. Prueba de ello son las páginas encantadoras que dedica Benedikt: al barroco austriaco, cultura meridional enteramente imbuída por el sentimiento de la Contrarreforma, aunque menos por su dogmatismo. Volviendo la espalda a este catolicismo, el movimiento, «los von Rom», que en Austria se puso en marcha a principios del siglo, desperdió una cualidad esencial del *homo austriacus*, lo que significó su reorientación hacia el norte.

La única herencia que ha legado la monarquía austriaca es la idea de un estado supranacional que, para deparar sus mayores beneficios, ha de ser imperfecto. Quizá tenga razón el autor diciendo de paso que, aun verteniendo el modelo austriaco a una época hoy irrevocablemente cerrada, su fuerza como idea histórica es tal que acaso sea capaz de concurrir en la determinación del futuro. De todos modos, se siente cierto alivio ante la justificación histórica de tan original empresa política, en medio de la actual contienda aparentemente incluíble entre el estado perfecto, totalitario, y la democracia cortada según un sólo padrón.

DOM LUIGI STURZO: *Italia y el nuevo orden mundial*. Con un prólogo del Profesor Gilbert Murray. Título de la obra original: *Italy and the New World Order*. Versión del inglés por Juan G. de Luances. «Los libros de nuestro tiempo.» Barcelona, 1945. 210 págs.

La lectura de este libro del Abate Sturzo no deja hoy de ser interesante, y no por la obra en sí misma, que es frecuentemente elemental, sino por las circunstancias políticas por las que acaba de pasar Italia con la victoria electoral de los democristianos. En efecto, Luigi Sturzo debe ser considerado, por derecho propio, como el padre de la democracia cristiana italiana desde su época de Alcalde de Caltagirone, en que intervino en la formulación del programa de los democristianos en 1900, y, sobre todo, desde la creación en enero de 1919 del Partido Popular Italiano, del que fué Secretario político hasta octubre de 1924, en que emigró al extranjero por más de veinte años. Y es indudable que el actualmente más importante Partido italiano procede directamente de aquel que fué animado por Sturzo.

El libro es de guerra, de propaganda casi. Comenzado a escribir en 1943, se terminó al siguiente año. Se puso punto final, así, cuando la guerra en Italia estaba en su período de desgaste bélico aliado y de retirada germana. Pero la propaganda no era para el consumo interior, sino para el de los países aliados. El fin de la obra es mostrar a los anglosajones cómo el fascismo y sus jerarcas eran los culpables únicos.

Por ello no interesa realizar una crítica seria del sistema fascista. Bastaba decir que eran «unas cuantas ideas sin ningún fundamento serio, ni ético, ni filosófico, y sin lógica interior» (página 32); que fué una aventura que «no pasó de la superficie» (página 142), y que era un pasado «que Italia deseará borrar» (pág. 84).

Ningún mérito se reconoce en las páginas de esta obra al sistema político que durante veinte años dió a Italia un prestigio exterior y un desarrollo interior inigualables; ningún valor político fundamental al hombre

que lo creó y animó. Ni siquiera el mérito y el valor de la reconciliación del Tratado de Letrán, que, según Sturzo, no fué sino un intento mussoliniano para atraerse a los «católicos que, descontentos de los populistas por juzgarlos demasiado democráticos e insuficientemente interesados por la situación del Papa, empezaban a inclinarse a un jefe político audaz e inescrupuloso» (pág. 111).

Por el contrario, toda la obra es una exaltación de la historia democrática italiana. Poco importa que en el pasado siglo esta historia, vista por un católico, no tenga mucho de edificante, si se tienen en cuenta los desmanes democráticos contra los Romanos Pontífices. Pero para el Abate no son más que leves pecadillos de juventud. No es que acepte Sturzo el punto de vista revolucionario del «Risorgimento» en los asuntos eclesiásticos, pero lo disculpa.

Tampoco el Trono sale bien librado. Luigi Sturzo nos aclara que «había sido siempre hombre de tendencias republicanas». Nada, pues, de reconocimiento a la institución y a la dinastía saboyana que creó la unidad italiana. «La continuidad nacional reside más bien en el espíritu de un pueblo y en la conciencia de una nación que en una familia reinante» (página 99).

¿Y la guerra? El pueblo italiano «ha de tomar la derrota como es: una derrota infligida por pueblos amigos de los que Italia se apartó» (página 100).

¿Qué porvenir, pues, le espera a Italia en el nuevo orden mundial? Según Sturzo no debe ser más que «una gran nación pacífica» (pág. 170); nada de pensar en un país fuerte y con posibilidades exteriores. Entrega a los Estados Unidos, Inglaterra y hasta Francia, que la sabrán defender.

En definitiva, este libro nos ha de-

jado una impresión desagradable. Sturzo no es sino uno de esos falsos profetas que siembran la confusión mezclando elementos del mal con elementos del bien. Pero lo que de él no podemos decir es que no haya tenido cierto éxito, aunque tardío. Las circunstancias presentes de Italia así parecen demostrarlo. Pero, ¿sabrá aprovecharse una victoria electoral parateada por el pánico y la ayuda? Así lo deseamos. Pero no estamos seguros de que no se convierta el triunfo en otra de las «victorias sin alas» que suelen ser el signo de las soluciones democristianas tipo Sturzo.

Y conste, finalmente, que en ciertos temas, como los internacionales, muestra Luigi Sturzo una magnífica intención. Véase si no su concepción sobre Europa, y en particular su tesis de que «las naciones no pueden ser condenadas a muerte y Alemania no puede ser borrada del mapa. Hacerlo así sería monstruoso. Reducir a un pueblo a impotencia y servidumbre, destruir su industria, impedir su comercio, establecer su trabajo forzado son irrealizables aberraciones» (página 162). Mas aquí sí que no parece haya tenido gran éxito el Abate Sturzo.

PIETRO BADOGLIO: *L'Italie dans la guerre mondiale*. S. F. E. L. T. París, 1946.

La obra del Mariscal Badoglio no aporta, en realidad, ninguna revelación sobre un período de la historia de Italia que ha sido profusamente dado a conocer al mundo mediante una serie de memorias más o menos sensacionalistas. El mérito principal de *L'Italie dans la guerre mondiale* reside en el hecho de que la alta personalidad de su autor confirma noticias y extremos que podían correr el riesgo de inspirar desconfianza. Porque, ¿tienen algún valor ciertas afirmaciones hechas *a posteriori*? Por lo demás, que Italia no estaba preparada a tomar parte en el conflicto mundial, que el pueblo no quería la guerra, que la conquista de Abisinia exigía por parte del conquistador una labor a largo plazo de organización, se ha repetido a saciedad. Pero siempre resulta interesante que el propio jefe del Estado Mayor General puntualice que la preparación militar de Italia en mayo de 1940 se limitaba a unas veinte divisiones entrenadas y equipadas al 70 por 100 y otras veinte al 50 por 100, que el Ejército careciera de carros de combate, que la aviación estuviera «por los suelos» y que en aquella época Mussolini vendió cuatro contratorpederos a Suecia y las primeras armas anticarro para conseguir divisas destinadas a comprar trigo. En tales condiciones bien merece el califi-

cativo de «suicida» el empeño del Duce de declarar la guerra, en contra de la voluntad de Hitler que contaba con la amistad inactiva de Italia y rehuía de su ayuda. Pero Mussolini había resuelto intervenir sin otro fin, es evidente, que poder ocupar un puesto en la mesa de una paz que las arrolladoras victorias de Alemania anunciaban como inminente. Fué precisamente el temor de llegar tarde el que le hizo apresurarse en su decisión: hasel extremo de declarar la guerra sin consultar con Alemania ni convocar el Gran Consejo Fascista o el Consejo de Ministros. El Mariscal Badoglio prefiere pasar rápidamente ante los resultados de esta acción llevada a cabo volviendo la espalda a la insoslayable realidad y no insistir sobre la campaña de Grecia, realizada bajo la investigación de Ciano, dice, ni sobre el desastre de Africa que fueron inflando la oleada de odios que arrastró al poco tiempo antes ídolo de Italia.

Aunque el Mariscal Badoglio advierte en su breve prólogo que no es su propósito buscar una justificación personal, difícil hubiera sido que no la intentara, aun discretamente, en los capítulos dedicados a relatar el período en que tomó el timón del barco que se hundía. Tal y como presenta los hechos él se limitó a aceptar la pesada carga que le encomendó

el Rey, a quien el Gran Consejo Fascista había suplicado que asumiera «el mando efectivo de las fuerzas armadas», según consigna el texto original de la orden del día que inserta íntegra. Bajo esta luz, el golpe de Estado pierde todo perfil de conjuración para convertirse en una necesidad patriótica. Nada totalmente nuevo nos dice el Mariscal Badoglio al relatar los sucesos que marcaron el fin del régimen fascista. Por cierto, y lo atribuimos a un lamentable error de traducción, todos estos acontecimientos se sitúan en el mes de junio de 1943, lo que embrolla no poco el desarrollo de los mismos y su encaje en la marcha general de la guerra.

En cambio, respecto a las relaciones que sostuvo con los aliados, suspicaces y sórdidos con el vencido que pretende el olvido del reciente pasado, sin llegar a revelaciones sensacionales —es género que el Mariscal Badoglio no parece apreciar—, nos muestra aspectos apenas sospechados de la tirantez entre el Gobierno monárquico y el Mando Supremo Aliado en el Mediterráneo que actuaba en contradicción con las declaraciones amistosas del Gobierno de Londres y Washing-

ton. Esta afirmación el Mariscal Badoglio la apoya en numerosos documentos reunidos en el apéndice de la obra; y de ellos se desprende, en efecto, que los esfuerzos de Italia para tomar parte activa en la guerra, liberar a sus prisioneros y cooperar en la liberación de su suelo tropezaron constantemente con los obstáculos opuestos por el mando militar aliado. El doloroso *Vae victis!* que cierra este libro parece impregnar todas sus páginas, tristes por muchos conceptos, pese al esfuerzo logrado por el Mariscal Badoglio de exponer hechos y opiniones con parquedad militar.

No queremos pasar por alto el primer capítulo de la obra, sin relación aparente alguna con los restantes, donde el Mariscal Badoglio justifica y reivindica plenamente el derecho de Italia a la ocupación de Abisinia, con argumentos muy pertinentes. Ello proyecta una luz interesante sobre la postura de la Italia democrática respecto a las colonias italianas, donde algunos han querido ver supervivencias del nefando fascismo, cuando en rigor sólo acusa la constante de una necesidad de Italia.

ANTONIO TRUYOL SERRA: *Die grundsätze des Staats und Völkerrechts bei Francisco de Vitoria*. Zürich, Thomas Verlag, 1947. 116 págs.

Conmemorando el IV centenario del fallecimiento del maestro Vitoria publicó en 1946 el profesor Truyol Serra una selección de textos comentados del insigne dominico en lengua castellana, impresa luego en francés e inglés. Ahora ha sido traducida su obra al alemán, con varias adiciones no sólo bibliográficas, sino en algunas notas, referentes, en especial, al fundamento del Derecho de gentes (páginas 51-52), al bien común del orbe (pág. 54), a las tres reglas de oro del Derecho de la guerra (págs. 93-95) y a la teoría del Derecho eclesiástico (págs. 99 y 101), aparte de un Prólogo especial para esta edición suiza. Tal difusión es buena prueba de la calidad que tiene y el acierto con que ha sido hecha la obra.

No se ha limitado el autor a espigar en la producción vitoriana, componiendo una sencilla antología, sino que, centrando el pensamiento del catedrático de Prima de Teología en torno a cuatro columnas fundamentales: el Poder político, el orden internacional, la guerra y su Derecho y el Estado y la Iglesia, antecedidas de unas nociones preliminares sobre el punto de partida filosófico de Vitoria, añade Truyol agudas glosas a cada uno de los principales apartados de todos los capítulos. No se ha constreñido así el autor a resaltar las ideas jusinternacionales del dominico burgalés, las más repetidamente estudiadas y conocidas, sino que, acertadamente, introduce, además, materias del Derecho público en general.

Precede a esto una breve introducción en la que se exponen sucintamente algunos datos biográficos del maestro (acertando al no aceptar definitivamente la nueva cronología propuesta respecto a su nacimiento en 1492 ó 1493, aunque no al seguir la tesis de su tradicional naturaleza alavesa) y un reflejo del marco histórico de crisis y transición en que Vitoria desplegó sus enseñanzas, señalando su actitud ponderada «de equilibrio intelectual y moral, que huye por igual de la utopía irrealizable y de la claudicación ante lo fáctico», en la cual encuentra Truyol un espejo y ejemplo para nuestra generación, que también se halla ante una ingente labor de reconstrucción espiritual.

La labor más original está representada por las notas o comentarios de Truyol, en las que actualiza las doctrinas vitorianas. Así, en lo que respecta al principio de la igualdad jurídica de los Estados y su efectiva desigualdad, que sí puede justificar, verbigracia, una distinción entre miembros permanentes y no permanentes, no un derecho de veto; también en lo referente a la intervención por razón de humanidad, rechazando el concepto voluntarista y absoluto de la soberanía, sino concibiéndola como limitada por los principios ético-jurídicos objetivos de la ley natural, lo cual permite, si bien con carácter excepcional, una intervención legítima en caso de violación grave de aquellos principios por un Estado que conculque los derechos esenciales del hombre, fundados en su misma naturale-

za y en la de la sociedad. Asimismo el destacar la posibilidad de que en una evolución del Derecho internacional, el *jus ad bellum* pueda pasar del Estado a una entidad supranacional. Y, por terminar, sus reflexiones sobre la culpabilidad por infracción de las leyes y costumbres de la guerra y normas de humanidad, propugnando Truyol —con el P. de la Brière— que se encomienden los juicios a tribunales internacionales y se sometan a estos *todos* los supuestos delitos de uno y otro beligerante», y sobre la responsabilidad de los jefes políticos que desencadenaron la guerra.

En definitiva, es de justicia subrayar el valor de esta aportación del catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Murcia a la expansión y conocimiento de las doctrinas vitorianas. En diversas revistas extranjeras, singularmente suizas, se ha señalado así como un auténtico acontecimiento cultural para los países de habla alemana, y aquí debemos hacerlo también constar.

Únicamente advertimos en esta traducción alemana, llevada a cabo por Carl J. Keller-Senn, algunas imprecisiones terminológicas, al no verter exactamente, como, verbigracia, en la página 52 al dar como equivalentes de «Derecho internacional común» y «Derecho internacional particular» los términos «Internationale öffentliche Recht» e «Internationale Privatrecht», en vez de «algemeines Völkerrecht» y «partikulares Völkerrecht». Por lo demás, la edición está bien presentada.

The Goebbels Diaries. Traducidos al inglés y editados por Louis P. Lochner. Hamilton, Londres, 1948. 448 págs.

Antes de empezar esta noticia entiendo que se debe establecer la diferencia que hay entre un «diario» y unas «memorias». A mi entender, las «memorias» son escritas para ser directamente publicadas, al tiempo que los «diarios» son apuntes destinados a pergeñar una futura obra de más enjundia o unas «memorias» ulterio-

res, aunque éstas hayan de ir encabezadas con el modesto título de «diario». En efecto, lo acaecido en la jornada puede apuntarse con intenciones diferentes: hay quien anota sus recuerdos en la esperanza de que alguien —*indiscreto* (?)— los publique, y hay quien resume sus impresiones con la firme decisión de que las cuar-

tillas originales no vean la luz. El prólogo de Ciano, escrito en la cárcel de Verona, después de conocer la sentencia del tribunal que le acababa de condenar a muerte, demuestra claramente que su *Diario* hubiera sufrido una serie de correcciones fundamentales antes de convertirse en libro. Por el contrario, las *Memorias de Ullatumba*, legadas por un hombre que perfila en vida lo que sólo ha de lanzarse cuando él no esté presente, es, sin duda, la representación genuina de un libro escrito para el público. Pero ocurre que, entre estos dos modelos, hay toda una serie de manifestaciones intermedias en que es difícil poner en claro cuáles son las frases que el autor ha escrito para sí y cuáles otras se hallan destinadas a convencer a todos de que él piensa como escribe.

Y con eso queda expuesto mi parecer en cuestión de «diarios» y «memorias». Debo añadir únicamente que, a mi entender, los pergeña poca gente con franqueza terminante. (Me atrevo casi a insinuar la falta de sinceridad de algunos pensadores muy profundos.)

En la obra que ahora quiero comentar hay —en efecto— de todo un poco. No es fácil, claro está, determinar en qué momento Goebbels —diciendo pausadamente a su taquígrafa— expresaba los pensamientos que le salían del alma, ni en cuál otro amanecía sus ideas meditando por reflejo en la impresión que causarían más tarde en su pueblo victorioso o en los políticos vencidos. Lo único evidente es que su entusiasmo por el Führer es muy constante. En sus interesantes conversaciones con los personajes de Alemania se trasluce siempre su deseo de saber lo que cada uno piensa en relación al Canciller del Reich. Quiere conocer de sus egregios visitantes la inquebrantable fe en Adolfo Hitler o la incipiente falta de lealtad hacia el mismo.

Por supuesto, los *Diarios de Goebbels* son descosidos. En primer lugar, los legajos que los rusos abandonaron sin quemar, cuando eligieron lo que habían de conservar en sus archivos, estaban incompletos y en mal estado: faltaba todo lo anterior a la con-

tienda y lo correspondiente al principio y final de aquella. Por otra parte, es lógico que unas «memorias» tan minuciosas fueran bastante desordenadas; es natural que, en política exterior, su autor pasara fácilmente las fronteras, saltando de Jordana a Bastianini, a Shiguemitsu a Sarayoglu...; no es extraño —en fin— que en una misma página del libro hayan surgido nombres de mariscales que se hallaban en diferentes frentes, que empiece un párrafo con impresiones sobre Rommel y acabe comentando a Kesselring, a Goering, a Manstein o a von Kluge.

A Goebbels le interesa, sobre todo, la política interior. Todas sus simpatías van hacia los hombres que más directamente cooperaron a la implantación del socialismo nacional. Strasser, rival de Ley en cuestiones de trabajo; Voegler, el gran gerente de las «Acererías Unidas de Alemania»; Eingrüber, *gauleitner* del Alto Danubio; Greiser, que sucedió a Raushning en el Gobierno de la ciudad de Danzig... son figuras cuyos nombres él repite sin cesar. En cambio, no habla a fondo de los jefes militares; sus entrevistas con los mismos son esporádicas; ellos no parecen proporcionarle las noticias que pueden interesar a su misión propagandística. Además, el que acude a él ya sabe que un grano de pesimismo es suficiente para quedar clasificado como derrotista, y cuando las batallas son insuficientemente victoriosas todos prefieren no visitarle. Más aún: el famoso Ministro de Adolfo Hitler siente a veces una franca aversión hacia los mariscales que tanto hicieron por ganar la guerra. No se recata. Como consecuencia de una visita al Führer, realizada el 10 de mayo de 1943, parece satisfecho de estampar en su inacabable diario que «Hitler está completamente harto de los grandes generales de la Wehrmacht, que desearía no tener con ellos la más pequeña relación, que su opinión sobre los mismos es tan desoladora y cáustica que a veces llega a parecer injusta, y que ha renunciado a invitarles a su mesa cuando acuden desde lejos a contarle lo que ocurre en sus ejércitos»; y aún agrega —por su cuenta— que la falta de cultura de

tan eximios personajes impide toda comprensión entre ellos y su jefe.

A Canarias lo ve poco, y, cuando lo ve, la conversación entre ambos toma un carácter incongruente. Todo induce a creer que el almirante sólo acudía a Goebbels en caso extremo. Pienso, incluso, que cuando aquél se decidía a visitar al hombre todo nervio, no se apartaba, en sus conversaciones, del asunto que le había inducido u obligado a la entrevista. Y eso es lógico, en efecto, porque el alto jefe del servicio de información del O. K. W. no debía comprometer un éxito basado en el secreto de una noticia que no tuviera Goebbels, y éste, a su vez, no podía tolerar —ni hubiera soportado— la *discreción* de tan ilustre visitante.

Del libro nada se deduce sobre el éxito de Goebbels. Que Hitler le quería y le apreciaba es evidente. Mas de eso a hallarse convencido de su rendimiento, va un abismo. Juntos murieron en los subterráneos de la nueva Cancillería de Berlín. Mas no es posible poner en claro hasta qué punto el Führer se fiaba de los consejos que su Ministro osaba darle, cuando aquél, desesperado, se lamentaba de estar sólo en Alemania.

La intuición de Goebbels sobre el futuro no parece afortunada. «Cuando contemplo una imagen de la *Muralla del Atlántico* siento la impresión de hallarnos instalados dentro de una fortaleza inexpugnable.» Y esto lo de-

cía en 1943, cuando los que a la sazón tuvieron la ocasión de recorrer esa «muralla» se hallaban convencidos de que las grandes facilidades proporcionadas a periodistas y a generales extranjeros para visitar sus principales obras tenían por objeto lanzar al mundo una sensación de fuerza superior a la real.

Sus comentarios sobre España son mediocres. La desconoce en absoluto. Un telegrama retransmitido sobre un artículo publicado en la prensa de Madrid o de Barcelona, le basta, a veces, para emitir un juicio equivocado sobre la orientación de Franco y el porvenir de nuestra Patria.

Y creo que estos sencillos comentarios son suficientes para proporcionar una ligera idea sobre el interés que ofrecen los incompletos *Diarios* del incansable Goebbels. Sólo falta que los rusos se decidan a publicar la parte que ellos tengan, y que su libro llegue a Europa, y que, alguien lo traduzca; el principio del nazismo y de la guerra, y los días que precedieron al suicidio colectivo de los más firmes o convencidos, serán, sin duda, más emocionantes. Confiemos, pues, en que el olor a chamusquina que se desprendía de las siete mil cuartillas que han servido para la obra cuya noticia aquí termina, cuando llegaron a poder del antiguo agregado militar americano que las tradujo, no fuera señal de que las quince o veinte mil restantes habían ardido.

LIEUT. GENERAL SIR FRANCIS TUKER: *The Pattern of War*. Cassell and Company Ltd. Londres, Toronto, Melbourne y Sidney, 1948. 159 págs.

Una contextura extraña la de este nuevo libro. Empieza criticando y acaba incurriendo en los mismísimos errores que señala en sus capítulos primeros. Comienza concretando lo que no ha de hacerse, y termina divagando como todos los demás: como divaga siempre el escritor que preconiza sobre el futuro.

El *patrón*, la *norma*, la *pauta*, la *regla* o el *modelo* son palabras todas ellas que se adaptan malamente al conjunto necesario para traducir de-

bidamente el significado del título. «Patrón de guerra», «Norma bélica», «Modelo de conflictos» pudiéramos decir; pero ninguna de estas expresiones es perfecta para poner de manifiesto el fin del libro, y me atrevo a insinuar incluso que el propio autor se ha resignado a «pattern of war», al no encontrar nada mejor para su idea.

En todo caso, Sir Francis Toker —antiguo jefe de una División indobritánica— encabeza su trabajo ma-

nifestando que quiere demostrar que siempre ha habido un «patrón de guerra» tradicional y que el soldado puede llegar a conocer la naturaleza de la futura lucha, y que eso se consigue trabajando, y que así debe lograr —ese soldado— ayudar a su nación a no tener otros conflictos. Y, con objeto de alcanzar una meta semejante, alude a la necesidad de una crítica intensísima y admite la existencia de un centro destinado a recoger aquella crítica. Pretende que así podrá lograrse que todo el mundo se interese en los asuntos bélicos, que esto es necesario para el progreso de las fuerzas militares y que sólo este progreso podrá evitar la guerra. Dice que una onza de imaginación bien dirigida vale más que un siglo de experiencia, y que es indispensable recurrir a aquella, porque en paz es imposible experimentar debidamente los ingenios recién descubiertos para la lucha. Insiste en que la nación tiene el deber de encauzar su fuerza armada en forma tal que esté dispuesta a evitar la guerra y no expuesta a originarla. Y habla, finalmente, del «patrón de guerra», que se debe estar en condiciones de imponer al enemigo cuando éste no se encuentre en condiciones de encajarlo.

Para eso echa un rápido vistazo a los conflictos más salientes de la historia. Esboza las campañas de Alejandro, del famoso Dchenguis, del maltratado Marlborough, del ínclito Sagonia y del modernísimo Eisenhower, y llega a la conclusión de que el «patrón de guerra» no ha cambiado en tanto tiempo. Admite solamente una ligera evolución. Dice que las antiguas plazas fuertes han cedido el puesto suyo a determinadas extensiones de territorio, y que las enseñanzas del pasado en relación a aquellas plazas son aplicables hoy en día a estas nuevas zonas militares. Preconiza la defensa de ciertas áreas fortificadas como medio estratégico más eficaz para asegurar la conservación del patrimonio nacional; pero explica —a un tiempo— la necesidad de que las guarniciones de esas áreas fortificadas no tengan un carácter defensivo, sino estén dispuestas a maniobrar de prisa en cuanto se presente la oportunidad

para ello. Parte de la base de que las citadas áreas han de elegirse en forma tal que un ataque enemigo contra las mismas sea poco probable. De ese modo —él entiende— la «masa de maniobra» habrá conservado la totalidad de su «potencia de maniobra», que es el factor indispensable para desarrollar la guerra en la esperanza de vencer.

Claro está que el sólo mantenimiento de la citada «masa» implica la existencia de alojamientos subterráneos. Es más: la contraofensiva misma es irrealizable si no existen bases invisibles, indestructibles, indescubribles. Y, de otra parte, las mencionadas bases necesitan, a su vez, sendas defensas, guarniciones especiales, que, igualmente, estarán bajo la tierra, ocultas, silenciosas y a presión.

La retaguardia, en fin, se formará con nuevas zonas subterráneas o más profundas que las primeras. Las fábricas se instalarán en tales zonas, y el enlace entre los Centros o entre ellos y las grandes unidades se montará por vía aérea a base de estaciones protegidas y establecidas en las inmediaciones de los depósitos y de los combatientes.

La guerra, pues, toma otro aspecto. La Geografía política cede su puesto a otra nueva ciencia: Geografía icarriana, la llama Toker. Y, una vez que las grandes luchas hayan de basarse en ella, la fortuna —él asegura— favorecerá a los pueblos cuyos objetivos principales estén rodeados de los espacios necesarios para determinar a tiempo la presencia del contrario, fijar la dirección de sus ataques y desbaratarlos rápidamente. Toker se preocupa no sólo de esas grandes zonas de aseguramiento, sino que pretende incluso que se hallen limitadas por cadenas de montañas. Dice que Inglaterra no puede estar segura sin operar en perfecta coordinación con Noruega, Dinamarca, Alemania y Francia. La cadena escandinava, los montes de Bohemia, una parte de los Alpes y la totalidad de los Pirineos le son indispensables para su defensa estratégica. La política dificulta extraordinariamente esa defensa. La solución que acaba de apuntarse no es

factible, y a Tuker cabe la duda de que algo sea factible en este mundo en cuanto se refiere al asunto de que se trata. Busca en la superficie de la Tierra una nación que esté bastante bien situada para la solución de tan fundamental problema, y, alejándose poco a poco, llega a Nueva Zelanda, que es —él dice— la única zona icariana de verdad.

El libro acaba con una serie de consideraciones filosófico-militares sobre la guerra. Dice, en su último capítulo, que el hecho de provocarla o de ocupar un territorio en la esperanza de lograr una importante reparación, no tiene ya razón de ser. Hoy el ven-

cedor se queda empobrecido y el vencido ya no puede sufragar los gastos de la lucha. En relación a la última contienda, la posibilidad de conseguir de japoneses o alemanes una indemnización compensativa es despreciable, y, en adelante, el agresivo atómico no hará más que intensificar el estado actual de cosas. El agresor no podrá nunca desquitarse. Dinero, no obtendrá. Lo que ocupe será yermo. El mismo no tendrá lo suficiente para conseguir la revalorización de tierras y ciudades. Y, sin embargo, nadie puede asegurar que falta mucho para otra guerra.

The Year Book of World Affairs, 1948. Stevens & Sons Limited. Publicado bajo los auspicios de The London Institute of World Affairs. London, 1948. 376 páginas.

The London Institute of World Affairs, organismo inglés creado para el estudio de las cuestiones internacionales, en todos sus aspectos, publica anualmente un volumen en el que recoge una serie de ensayos escritos *ad hoc* sobre temas internacionales por especialistas en cada materia. Esta clase de publicaciones ofrece, en cada caso, un panorama más detallado que el de un artículo, aunque menos extenso que el de un libro. Los temas son tratados con detalle, pero con una finalidad más bien informativa que crítica, para dar una visión de conjunto de cada problema. El volumen, dedicado a 1948, ofrece un contenido sumamente interesante. El ensayo inicial está escrito por el profesor de la Universidad de Londres Mr. G. W. Keeton, y versa sobre el futuro de la política extranjera inglesa. Mr. Keeton parece seguir la ideología oficial al estimar que Inglaterra se ve forzada, hoy más que nunca, por su propio interés y el de Europa, a intervenir activamente en la política europea, al lado de las democracias. La expansión soviética es un nuevo fenómeno de trascendental importancia, que afecta a la segu-

ridad de Europa, y, por tanto, de Inglaterra misma y de su Imperio. La Gran Bretaña, frente a esa expansión, puede seguir dos conductas: o aislarse en su isla y mantener una actitud pasiva ante la soviétización de la Europa continental, o, por el contrario, promover la organización de una Europa occidental lo suficientemente fuerte para oponerse a la expansión rusa. La primera actitud sería suicida, declara Mr. Keeton. La segunda sería completamente ineficaz sin una ayuda económica y militar, y esa ayuda viene que venir de los Estados Unidos. Se ha hablado también de un tercer camino, que Mr. Keeton rechaza: la organización de una Europa occidental socialista, ya que el socialismo, alega Mr. Keeton, ha fracasado en su intento de conseguir una base de equilibrio entre el Este y el Oeste de Europa.

Un segundo ensayo, escrito por Mr. M. J. Bonn, está consagrado a la política extranjera de los Estados Unidos. Esta política, dice Mr. Bonn, sigue centrada en el Plan Marshall, cuyo sentido político no es posible ignorar. Lo mismo que los Estados Unidos li-

braron a Europa de Hitler —añade—, aspiran ahora a librarla de Stalin. Para ello están dispuestos a todos los sacrificios; pero estiman muy desagradables ciertos síntomas que demuestran que los demócratas europeos no se hallan muy de acuerdo en ver la necesidad de ser salvados. «La democracia europea —termina Mr. Bonn— se muestra hoy, en sus relaciones con los Estados Unidos, tan torpe y falta de tacto como en otro tiempo se mostró, a veces, la democracia americana. Y esa torpeza es un lujo demasiado caro para un enfermo.»

El tercer ensayo se debe a la pluma de Sir Frederick Whyte, y se propone estudiar los factores políticos, sociales y económicos del Japón de la postguerra, dedicando interesantes capítulos a la delicada posición del Emperador y la supervivencia del militarismo japonés, pese a que las apariencias indiquen lo contrario. El autor termina su trabajo pidiendo a las Naciones Unidas que ayuden al nuevo Japón democrático.

Mr. G. E. Stant, que es profesor de Economía en la Universidad de Natal, estudia en otro ensayo el desarrollo histórico de la dominación blanca en África del Sur, y los problemas que las diferencias raciales plantean en ese Dominio británico, juzgando nada despreciable la resistencia del partido nacionalista a la dominación inglesa. Para demostrarlo, el autor recuerda tres hechos que últimamente han preocupado al Gobierno sudafricano: la huelga de los mineros africanos en Witwatersrand (con nueve huelguistas muertos y cientos de heridos); el Movimiento de Resistencia Pasiva en Natal, y concretamente en Durban, que muestra la influencia creciente de la comunidad india en esa región; y, finalmente, la dimisión de los miembros del llamado Native Representative Council (Consejo representativo de los nativos), ante lo que califican de «constante mala fe por parte del Gobierno sudafricano». Tales hechos son, para Mr. Stant, muy significativos, y suponen que las relaciones de los blancos con África del Sur han entrado en una nueva y delicada fase.

Uno de los editores del volumen,

Mr. G. Schwartzberger, que es, además, profesor de la Universidad de Londres y Director de estudios de The London Institute of World Affairs, se ocupa en otro ensayo del juicio de Nuremberg, estudiando detalladamente la naturaleza y organización del ya famoso Tribunal.

Mr. L. C. Green, profesor del University College, de Londres, consagra su colaboración al estudio del Consejo de Seguridad de la O. N. U. y de su actividad en estos últimos años. Mr. Green es más bien pesimista sobre los resultados de dicha actividad, debido al hecho lamentable de que los miembros del Consejo se han preocupado más bien de defender sus intereses particulares y los de los países amigos que no de servir los verdaderos intereses de la paz.

Las organizaciones económicas europeas, creadas a raíz de la victoria aliada, es el tema que estudia otro de los colaboradores, Mr. C. Alexandrowicz, primer Presidente del Consejo de la E. C. I. T. O. (European Central Inland Transport Organisation). Las organizaciones estudiadas son, además de la E. C. I. T. O., la E. E. C. E. (The Emergency Economic Committee for Europe), la F. A. O. (Food and Agriculture Organisation) y la E. C. O. (European Coal Organisation).

Un economista, Mr. G. G. Goodman, se ocupa en su trabajo de la más famosa y simpática de las organizaciones de la O. N. U.: la U. N. R. R. A., estudiando su organización y la gran labor llevada a cabo por sus Delegaciones, principalmente en Checoslovaquia, Grecia, Polonia, Yugoslavia, Italia, Austria y China, para alimentar a sus pueblos y para ayudar a los doce millones de hombres, mujeres y niños desplazados de sus hogares como consecuencia de la guerra, por medio de la U. N. I. R. O. (United Nations International Refugee Organisation).

Finalmente, citemos los ensayos escritos por Mr. E. Ker, sobre la moral de las relaciones internacionales; por Mr. Yuen-Li Liang, sobre los métodos para el progresivo desarrollo de la ley internacional y de su codifica-

ción, y por Mr. L. B. Schapiro, sobre el concepto soviético de la ley internacional.

El volumen termina con un panorama de las obras últimamente publi-

cadadas sobre temas internacionales, en sus diversos aspectos, y en el que se reseñan unos ochenta libros de actualidad principalmente ingleses y franceses.

WILLIAM DIAMOND: *Czechoslovakia between East and West*. Stevens & Sons Limited. Publicado bajo los auspicios de The London Institute of World Affairs. London, 1948, 258 págs. y un mapa.

El autor de este libro, Mr. William Diamond, es un especialista en política internacional que ha consagrado varios estudios a los problemas políticos y económicos de Grecia y Checoslovaquia. En el libro que comentamos describe los esfuerzos realizados por los gobernantes checos para reconstruir su país, económica y políticamente, a raíz de su liberación, por los aliados, de la dominación germana. La situación de Checoslovaquia no podía ser más delicada. Con su firme tradición liberal, debida a la obra del viejo Masaryk y del ex Presidente Benes, se encontraba de pronto, una vez instaurada la paz, con una influencia soviética preponderante que fatalmente había de ser una amenaza y un peligro para la democracia checa. De aquí el título de este libro: *Checoslovaquia entre el Este y el Oeste*. Mr. Diamond describe en él los esfuerzos de Benes y de Jan Masaryk para reconciliar ese histórico conflicto entre la democracia liberal, que formaba la esencia política del país, y el socialismo comunista, hacia el cual tendían las masas proletarias, subyugadas por una fuerte propaganda soviética. Los jefes liberales, convencidos de que no podían resistir a la creciente influencia soviética, cedieron el máximo posible, y formaron gobierno con socialistas y comunistas. Por un momento pareció que este Gobierno de unidad nacional podría terminar, sin grandes choques, su ingente labor de reconstrucción económica del país. Mr. Diamond, que escribe su libro en 1947 (el prólogo está firmado en mayo de ese año), lo creyó, indudablemente, así. Su libro aspira a convencernos de la sinceridad de los principales parti-

dos checos, incluyendo el comunista, para llevar a cabo, con interés exclusivamente patriótico, esa labor de reconstrucción, mediante una colaboración leal y amistosa. Pero estaba claro que Rusia no deseaba que esa colaboración del partido comunista checo con los partidos liberales durase mucho tiempo. La victoria había dado a la U. R. S. S. posiciones dominantes en Checoslovaquia. En las elecciones de mayo de 1946, el Partido comunista había obtenido más de dos millones y medio de votos, mientras que el partido católico o partido del pueblo obtenía sólo algo más de un millón de votos, y el partido Socialista Nacional, 1.300.000. Estos resultados era natural que diesen fuerza a la preponderancia soviética. Pero ya antes de las elecciones del 46, tal influencia estaba decidida y apoyada por los propios jefes liberales checos, que así se jugaban el destino liberal de su país. El programa de Kosice (llamado así por la pequeña ciudad eslovaca en la que se instaló el Gobierno checo, en abril de 1945, al comenzar la derrota alemana), que fué un programa de compromiso entre los diversos partidos, establecía ya con toda claridad, en uno de sus puntos, que «la política extranjera de Checoslovaquia, en otro tiempo inclinada hacia Francia, debería ser orientada hacia la Unión Soviética y guiada por ella. Esta política amistosa será reforzada por estrechos lazos intelectuales y económicos; el Tratado checo-soviético de ayuda mutua y amistad de 1943 determinará la posición de Checoslovaquia en la futura política extranjera del país». Estaba, pues, bien claro, repetimos, que la soviétización de Checo-

eslovaquia no había de hacerse esperar mucho; y lo extraño es que el libro de Mr. Diamond, que parece perfectamente enterado de la situación política y económica de ese país, no lo presagiara en mayo de 1947, cuando tan poco tiempo faltaba para que dicha sovietaización se hiciera radical y completa. El suicidio de Jan Masaryk y el alejamiento del Presidente Benes del Poder fueron los tantos definitivos que

se apuntó Rusia, y deben de haber sido una dolorosa sorpresa para el autor de este libro. Libro útil, por otra parte, para conocer con detalle la historia política y económica de Checoeslovaquia entre abril de 1945 y mayo de 1947. Entre esas dos primaveras tan cercanas la política checa inició un giro decidido, que apuntaba a la estrella soviética que hoy domina exclusivamente al país.

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA: *Thunupa* (Ensayos). Gisbert y Cía. La Paz (Bolivia). 1947. 230 págs.

«Thunupa es el deseo de ser mejor, el anhelo de una dicha responsable...; es el espíritu de sacrificio, la virtud de generosidad, el olvido de las injurias y los yerros» (pág. 56); así define Díez de Medina la semántica del mito en el que sintetiza a su pueblo, a Bolivia. Formidable de fervor y de fe, de ímpetu y de sinceridad, se muestra en este haz de ensayos el joven escritor que hoy trata de despertar la inconsciencia de un pueblo que oscila, desde bastantes decenios atrás, acaso desde su separación de la comunidad imperial de las Españas, entre la modorra y la epilepsia. Admiran estas páginas por lo bellamente escritas, tanto como por lo egregiamente pensadas. A veces hay en su lectura sencillez de relato legendario; otras veces, augusta unción de homilia exegética; con frecuencia, apremios de consignación. Y siempre una insobornable dignidad de estilo.

Se da en Díez de Medina un vigoroso meditador político, un prosista de viril gallardía, un implacable debelador del pesimismo. Su libro produce la impresión de haber sido escrito de una alentada del espíritu; tanta cohesión íntima ensambla estos ocho ensayos, que, si distintos por la materia que abordan, se unen a través de sutiles hilos ideológicos y, sobre todo, participan de una misma temperatura moral y de un mismo voltaje en el propósito, hasta parecer otros tantos órganos a través de los cuales el autor ha percibido con pleno

acuerdo el íntimo ser de Bolivia. El estado de alma con que Díez de Medina ha trazado estos ensayos es de ansiedad y de celo. Recuerda, por eso, en muchos momentos a nuestros Ganivet y José Antonio. El pensador granadino es citado en más de un pasaje como autoridad de apoyo. Cuando Díez de Medina habla a la mocedad boliviana, para excitarla a romper con la comodidad y el hedonismo envilecedores, se percibe en su voz parecido tono de señorío que en la voz de José Antonio escuchó hace doce años la juventud española. Esta frase, por ejemplo: «Cada cual, tolerante con los demás, será inflexible para consigo mismo».

¿Quién es Thunupa? Díez de Medina personifica en este semidiós de la mitología kolla el remoto origen de Bolivia (pág. 57). La llamada a las raíces de la tradición étnica indígena es *leit-motiv* de estas páginas. El ancestro —como gusta decir Díez de Medina— es el ímpetu configurativo que él siente trabajar en el subsuelo espiritual de cada boliviano. Pero no estamos ante un indianista. Precisamente en este libro salen fustigados por igual los que atribuyen, ya la grandeza, ya la miseria de Bolivia, a indios o a cholos, o a criollos. Díez de Medina —que ha escrito antes una estupenda caracteriografía de Franz Tamayo, el resentido y torvo negador de lo hispánico— se revuelve bravamente contra el conato de quienes del pretérito quieren sólo la gloria kolla y del

presente eliminarían hasta el rastro racial y cultural de España. Lo que hay en *Thunupa* es un afán integrador de lo indio, lo mestizo y lo criollo en una unidad más egregia. A Díez de Medina no se le ocurre, como a Franz Tamayo —magnífico poeta y cuidadoso estilista castellano por otra parte—, la estupidez de dolerse porque su alma haya de expresarse en otro idioma que el de los kollas o los quechuas. Tampoco cae Díez de Medina en la crítica disolvente con que Moreno pretendía borrar todo valor a las razas autóctonas ni se deja corroer por el feroz pesimismo de Alcides Arqueadas respecto de las posibilidades del boliviano nativo. El sabe, a fuer de cristiano, que debajo de la pigmentación, más o menos bronceada, de la piel alienta un alma «que es capaz de salvarse o de condenarse» por su propio esfuerzo aplicado a realizar en sus obras el soplo de la Gracia.

El pensamiento de nuestros Ortega y Unamuno aflora aquí y allí en el discutir claro y firme de Díez de Medina. Igualmente actúan sobre estos ensayos otras presencias magistrales: Max Scheller, Hölderlin, Goethe. No hay duda: estamos ante un escritor que se ha digerido sus clásicos, rico de temas y de formas para decirlos. Si acaso, nótase en él cierta vaguedad neblinosa cuando ha de tocar el asunto religioso. Es lástima que por insuficiencia de información en este particular no pueda a su debido momento completar Díez de Medina la línea de sus argumentaciones. El «arguedismo», contra el cual arremete Díez de Medina en forma brillante (páginas 215 y siguientes) y enérgica, desde ningún ángulo se le combate mejor que desde la torre en que voitean las campanas litúrgicas la gloria de la Resurrección.

El diagnóstico político que Díez de Medina emite sobre la postración nacional de Bolivia impresiona por lo valiente y profundo. No se arredra ante falsos convencionalismos. Llega a la raíz, palpa las llagas, pero sabe alzarse inmediatamente a cumbres de esperanzas. No es el pesimismo su numen ni la fatalidad su sibila. Díez de Medina recurre al análisis exacto de

la realidad boliviana y nos ofrece un cuadro visceral —una radioscopia intensa y actualísima— donde vemos en su justa pincelada de sombra o de luz los vicios y las virtudes de esta nación trágica que, acaso por la altura extrema en que está colocada, se deja a veces ganar del vértigo y se desploma en simas de desespero y de muerte. Thunupa, el hijo de Wiracocha —creador del Universo— en la mitología cosmogónica del Ande, aparece históricamente un milenio antes de Atahualpa, a la caída del tercer imperio kolla, y predica entre las tribus una doctrina de gran rigor moral contra la corrupción y el desorden. Fué un profeta, un inconforme; Díez de Medina le hace hablar de nuevo a Bolivia. ¿Pero es ése un símbolo vivo? ¿Cabe a estas alturas galvanizar a un pueblo con la evocación de mitos tan lejanos? Si, como el propio Díez de Medina defiende, Bolivia ha de salvarse por la síntesis de indios, mestizos y criollos en un ideal integrador, ¿es Thunupa una fuerza unitiva? ¿No será ir demasiado atrás a tomar impulsos? El propio autor, cabalmente en este primer ensayo, viene a reconocer la razón de las preguntas que le formulamos. Efectivamente, en la página 24 dice: «Pregúntese al boliviano qué es Bolivia. No lo sabe. Dará mil respuestas vagas, sin acertar en la síntesis. Es difícil leer un mapa, porque se ignora el territorio. Poco dice el pasado, que llega sólo a través de un río de sangre y pesadilla.»

Y antes ha afirmado: «Somos la nación en germen... ¿Qué es Bolivia? Bolivia es una dura realidad y una gran esperanza». Ahora bien: toda esperanza está localizada en el futuro. Acaso Díez de Medina rinde excesivo homenaje, aun sin pecatarse, a la ancestralidad. Se le nota en demasía retenido por los hallazgos —no todos ciertamente auténticos— de Rada Villamil, de Ameghino, de Posnansky. El antaño vale en función del futuro como la raíz en función de la copa: el árbol, al igual que el hombre, se nutre tanto por su raigambre dispersa en la oscuridad subterránea como por el ramaje que absorbe la luz solar y el relente de los cielos. Y este sen-

tido equilibrado de atavidad y futurismo es el que determina la realidad de un presente vivo y en avance. Díez de Medina confirma esta tesis cuando pregunta: «¿Cuál es la historia de este pueblo tan antiguo que su existencia no puede contarse en años, tan joven que tampoco se puede medir en siglos?» La prueba de que *Thunupa* no es un libro baladí, sino muy cargado de problemas, son estos reparos. De su lectura, además de un conocimiento de la intrahistoria boliviana más exacto que el que podría darnos cualquier mamotreto de esos que suelen escribir los historiadores de oficio en todas las latitudes del planeta, se saca un vivo interés por el autor y por el noble propósito que le mueve. Un español de esta hora se siente satisfecho ante párrafos como este en que se valora la Conquista.

«El día que el primer conquistador tomó una doncella india, la América moderna, con latido hispano, comienza a germinar en el misterio de un vientre autóctono...» «Una nueva planta humana, extraña, temible, fascinadora, imprime su genio y su locura al mundo americano: ha nacido el mestizaje...» Y más adelante inquiere Díez de Medina: «¿Qué es lo hispano en América? Todo, siendo sólo la mitad. ¿Qué lo autóctono? Mitad que llega a todo» (pág. 75). Y así, puede Díez de Medina enjuiciar la Conquista en esta frase: «Más que cruzada cristiana, más que empresa de despojo, es recia y audaz afirmación de hombría» (página 73). «El ideal caballeresco —insiste— movió aquellas proezas.» «No fué la codicia, sino la hazaña, su meta», concluye tajantemente.

JACQUES AUCEL: *Affaires Etrangères. Aide-memoire de la politique française (1789-1936)*. Delagrave, Lib. & Imp. París, 1946. 130 págs.

La presente obra es una reimpression de la publicada en 1936 por el profesor Auel, del Instituto de Altos Estudios Internacionales de París, más conocido en España por sus trabajos sobre los Balcanes, el Oriente y la Geografía Política. Encuadrado en una Biblioteca de Historia y de Política que dirigía antes de la guerra mundial, este libro tiene por finalidad ofrecer un rápido resumen de las directrices y características de la política exterior francesa. De ahí su interés, al ser aquella esquematizada desde un punto de vista típicamente galo, pero incongruente para un lector hispano, por el frecuente divorcio entre sus principios y los hechos, a menudo omitidos o presentados bajo forma incompleta.

El primer capítulo, «Bases y principios permanentes de la política exterior francesa», está presidido por un *leit-motiv*: el tema francés y Alemania. Francia, pacífica y pacifista, creadora de la libertad y piedra angular de Europa —nada más—, ha sido y sigue siendo la víctima de una

indeseable y peligrosa vecindad. Esto se escribía en 1936, pero sigue teniendo plena vigencia por la sorprendente incapacidad de los dirigentes galos para comprender el cambio de circunstancias mundiales producido desde 1941. El «peligro alemán», aplastado durante una generación, es la pantalla que cubre otros peligros —americano y ruso— que el Quay d'Orsay no quiere ver, porque le recordarán su falsaria posición como «gran potencia».

El segundo capítulo, «La amenaza: Alemania», es más bien una exposición del desarrollo del pangermanismo y de la expansión del II Reich.

Por el estilo es el tercero, «El enigma: Italia», escrito en los momentos de apasionamiento antifascista —a propósito de Abisinia— y, en realidad, de celos por el crecimiento de una «hermana menor antes inocua».

El cuarto capítulo, «La nueva Europa en la Escuela de Francia», es una presuntuosa exposición de la influencia francesa en el sistema ginebrino y en la constelación de peque-

fos países del Este europeo. Hoy día suena a historia pura, puesto que a Ginebra ha sucedido Lake Success, y en el Este europeo es el Kremlin quien, siguiendo a Berlín, alentó la influencia francesa.

Finalmente, un quinto capítulo, «La vieja Europa en los flancos de Francia», completa el anterior, presentando una visión optimista de la situación europea, que el lector extrañará después de su rudo contraste con los acontecimientos de 1939-45.

De España apenas habla el libro. Una cita a las «veleidades nacionales» españolas que Napoleón desconoció (sic) y que le costaron su primera de-

rrota. Otras a la expedición de los Cien mil hijos de San Luis. Y nada más ni menos.

El libro parece estar concluido en los momentos en que se encendía la guerra civil española, en los que los gobiernos franceses tan tenazmente ayudaron al bando rojo. Si el señor Auel hubiera alcanzado ese período hubiera escrito que por motivos ideológicos. Nosotros, leyéndole, nos hubiéramos acordado de las eternas ambiciones galas sobre las Baleares y el Rif, un par de siglos retrasadas respecto a los tiempos en que Francia podía imponer su criterio a España. Como se ha visto después de 1945...

HENRY A. WALLACE: *Sixty Million Jobs*. 155 págs. William Heinemann, Ltd. London, Toronto.

El libro del ex Secretario de Comercio del Presidente Roosevelt encierra un programa de acción, destinado a la gran nación norteamericana, que no sólo aspira a prevenir los estragos del paro, sino a impulsar al país al grado de prosperidad material que puede y debe alcanzar, a su juicio, si se decide a colaborar en el resurgimiento mundial. Constituye una vulgarización, ejemplificada con abundantes datos referentes a Norteamérica, de las doctrinas, ya casi tradicionales, de Lord Keynes en Europa y de Alviñ Hansen en Norteamérica, y propugna una discreta intervención estatal en la actividad económica para detener los peligros de crisis que acechan al sistema de empresa privada, cuya existencia misma se halla comprometida con semejantes desequilibrios.

El autor expone los hechos y las soluciones en la forma siguiente:

El bienestar general no puede apoyarse más que en la cooperación. La paz y la prosperidad del pueblo americano dependen de su capacidad para dar trabajo a 60 millones de hombres, que deben producir 200.000 millones de dólares de bienes y servicios. Pero esa tarea requiere, ante todo, paz y unidad. Por eso, para el autor, toda discriminación racial o religiosa cons-

pira contra esa finalidad, porque amputa a la comunidad muchos de sus mejores miembros: 13 millones de negros, 23 de católicos y cinco de judíos. A continuación, dice, hay que disolver la tensión social interior y la pugna internacional frente a Rusia, a base de *repartir las culpas*. América debe guardar para ella misma su sistema político y económico, la democracia pacífica y el sistema libre de empresa privada, y dejar a los demás que se gobiernen a su gusto. Las líneas generales del programa a desarrollar son las del discurso de Roosevelt a la nación americana de enero de 1914. Supone un reto al sistema democrático de libre empresa privada, que debe probar su capacidad para llevarlo a cabo en el seno de la libertad. Su primera condición es la ocupación total que exige para su logro el instrumento de un presupuesto nacional de orientación absolutamente nueva. Si el gobierno fuera incapaz de aceptar esas responsabilidades, es indudable el peligro de una nueva crisis, análoga a la de 1930-31, que privó a la nación del producto de 88 millones de trabajadores-año, equivalentes a 70 millones de viviendas de cinco mil dólares cada una, o al doble del capital de acciones de todas las empresas privadas, o a 350 planes

como el del Valle del Tennessee, o al importe de todas las deudas de guerra. El peligro acecha. El Departamento de Comercio advierte que a consecuencia del progreso técnico Norteamérica podrá producir en 1946 la misma cantidad de bienes y servicios que en 1940, con 19 millones de trabajadores menos. Y es preciso y posible encontrar mercado para esos brazos sobrantes. En primer término, dice, hay que traspasar en el interior del país las abundantes fronteras económicas de miseria o de bajo nivel de vida. Más de la tercera parte de la población, 37 millones de familias, poseen ingresos de menos de 1.000 dólares anuales, que ni siquiera en cuanto a la alimentación se refiere alcanzan ese famoso nivel rosado a que tantas veces se ha aludido. Más de 10 millones, dice, perciben entre 1.000 y 2.000 dólares anuales, que si les permiten quizá adquirir un frigidaire y trajes de 20 dólares, los sitúa todavía muy lejos de aquel nivel de vida. De hecho, añade, las tres cuartas partes de las familias americanas son consumidores potenciales a los que únicamente la ocupación total podría convertir en efectivos.

La realización de ese programa exige una cierta dosis de intervención estatal, lo que, naturalmente, ha permitido afirmar a algunos de sus contradictores que en tal caso corre peligro el libre sistema de empresa privada. Al autor, en cambio, el argumento le parece lógica e históricamente falso. A lo largo de nuestra vida como nación —dice—, y en instantes decisivos para nuestra evolución económica, un mínimo de estímulo gubernamental ha sido suficiente para promover un máximo de acrecentamiento de la iniciativa privada.

¿No se correrá, en cambio, el peligro, en caso de abstención, de que se repita el crack de los años 1929 y 1933? ¿Será suficiente para evitarlo, pese a sus inteligentes esfuerzos, la atención y el cuidado de tantos beneméritos comités que se ocupan de la vigilancia y previsión de la situación económica? No defiende el autor, en modo alguno, una economía planificada de tipo socialista, sino una democracia

con un contenido de empresa privada, sin más planificación que la estrictamente necesaria. Cree que la opinión pública apoya las nuevas ideas. No es preciso, dice, para alcanzar esa meta, alterar las formas estructurales del vigente sistema de gobierno, sino simplemente impulsar la nueva política en la misma dirección que ya condujo a patrocinar amplios programas de seguros sociales, contratos colectivos de trabajo, salarios mínimos, precios agrícolas garantizados y créditos a bajo tipo de interés, a pesar de lo cual no ha sido necesario comprometer en absoluto el sistema democrático. Si logramos resolver el problema de la ocupación total dentro del marco de la libre empresa privada, añade, habremos realizado un descubrimiento en el campo económico de tanta trascendencia, por lo menos, como en lo político supuso nuestra libre constitución.

Para ello hay que someter anualmente al Congreso un presupuesto nacional de ocupación total, que abarque el cálculo anticipado de la economía nacional entera, sobre bases análogas a las de un negocio privado, y tener, además, siempre listos para cualquier emergencia programas económicos a corto plazo.

Las necesidades nacionales de casas, hospitales, escuelas, electrificación rural, transportes, industrialización de regiones atrasadas, etc., constituyen la reserva potencial de ese presupuesto nacional. Hacen falta de 16 a 18 millones de viviendas nuevas e higienizar y reparar otros 9 ó 10 millones. Una tercera parte de la población no puede pagar alquileres superiores a 30 dólares mensuales, y otra tercera parte tampoco puede rebasar los 50 dólares.

Es preciso mejorar asimismo el estado sanitario de la nación. El promedio de la vida de los negros no excede del que alcanzaban los blancos hace veinticinco años. Una tercera parte de la población no recibe cuidados sanitarios de ninguna clase o los recibe muy insuficientes; 1.850 de los 3.000 distritos administrativos carecen de servicios públicos de esta clase, y 1.200 de aquéllos, con 15 millones de

habitantes, están faltos de hospitales.

La transformación de las grandes cuencas fluviales, la repoblación forestal y la electrificación rural son otras tantas metas o fronteras interiores que es preciso alcanzar o sobrepasar.

En otro campo, en el de las grandes inversiones, que la guerra ha impulsado con tanto vigor, no es menos patente la *necesidad de la intervención estatal*. Por la enorme suma de capitales que exige la moderna investigación científica, para evitar que se conviertan en monopolio de las grandes empresas y para atenuar y compensar los graves trastornos sociales que su aplicación inmediata puede provocar. Sin contar, añade, con que la investigación teórica, fuente de la ciencia aplicada, no puede ser atendida más que por el Estado.

Más allá de nuestras fronteras, sigue diciendo el autor, las metas son inmensas. De los habitantes del mundo apenas si una cuarta parte, ha percibido los beneficios de la llamada revolución industrial. En Asia, Africa, gran parte de Centro y Sudamérica y de la Europa meridional y oriental, millones de hombres tienen un índice tan bajo de productividad, principalmente por falta de utillaje apropiado, que, en realidad, trabajan exclusivamente, o poco menos, para cubrir su subsistencia con un tipo de vida extraordinariamente bajo. Son otros tantos mercados potenciales que es preciso equipar. Harían falta para ello de 50 a 65 mil millones de dólares, de los cuales la mitad podrían salir de los Estados Unidos. Pero antes de emprender esa labor hay que resolver el problema de Alemania, el de la U. R. S. S. y la Europa oriental, y restaurar Europa occidental y el Japón. Para reunir aquella ingente suma no sólo hay que apelar a los préstamos, sino también al aumento de las importaciones de los Estados Unidos procedentes de las regiones a las que hay que ayudar, y fomentar, en la mayor medida posible, el turismo de los ciudadanos norteamericanos. Los Estados Unidos deberían autorizar importaciones anuales por valor de siete mil millones de dólares, gastar en

turismo de uno a dos y prestar entre dos y cuatro. Si a estas sumas se añadiesen las cantidades en poder de aquellas naciones que han terminado la guerra con saldo positivo, se podría llegar a aquella cifra.

Las facilidades que ofrezca esa coyuntura, así como las que van gestando la serie de conferencias internacionales iniciadas en 1943 en Hot Springs, añade, deben ser aprovechadas por los hombres de negocios americanos sin intención alguna de predominio, con espíritu de cooperación, porque los efectos de la guerra económica son, por lo menos, tan desastrosos para la paz del mundo como la guerra armada misma.

A todo esto se puede llegar *sin reglamentar la economía ni redistribuir la renta*, sin incurrir en inflación desordenada y manteniendo el *equilibrio entre libertad e intervención*, mediante un presupuesto que abrace la vida nacional entera, tanto los gastos o ingresos gubernamentales como los de los consumidores y empresas privadas que mueven el aparato de la producción, tal y como lo fué el último presentado al Congreso por el Presidente Roosevelt. Para Wallace, la técnica y la estadística financieras bastan para hacer posible el intento, y con un instrumento de esta clase podría estimular indirectamente el Estado la actividad nacional.

Pero un presupuesto no se equilibra solamente del lado del gasto, sino asimismo del consumo. ¿Cómo debería distribuirse éste entre los particulares, las empresas privadas y el Gobierno? Es decir: ¿qué clase de equilibrio debe imperar sobre un presupuesto nacional? El análisis de las distintas posiciones posibles prueba, para el autor, que lo más conveniente es que absorban las dos terceras partes los consumidores y la otra restante se reparta por mitad entre el Gobierno y las empresas privadas. Pero, como es lógico, ese modelo ideal ha de estar sujeto a numerosas flexibilizaciones, y más en época de reconversión como la actual, en que hay que atender al utillaje de la nación y a vigilar la dirección del gasto de los particulares.

Cualesquiera que sean los sacrificios que hayan de imponerse al Estado para alcanzar la ocupación total, le parecen a Wallace insignificantes en comparación del perjuicio que supondría para él la reducción de las fuentes tributarias consiguientes al paro, y el aumento de gasto de los seguros sociales. De todas maneras, hay que aspirar a que entre todos los presupuestos, el federal, los estatales y los locales, no excedan del 17 por 100 del presupuesto nacional total.

Nuestra riqueza potencial, añade, justifica la aspiración de nuestro pueblo a niveles de vida cada vez más elevados en la alimentación, en el vestido y la habitación, en los medios de transporte y también en las diversiones, que pocas cosas como ellas contribuyen a la alegría y el bienestar individual y social. Y tiene derecho asimismo a que se atienda, cada vez más y con más cuidado, al cultivo de su espíritu. A la instrucción y a la religión, para que

sepa cómo debe hacer las cosas y por qué las hace, infundiéndole a la primera un *sentido de cooperación* hasta ahora ausente en ella, a fin de que el individuo se percate esencialmente del papel que le corresponde en la colectividad. Hay que incorporar el Sermón de la Montaña —dice Wallace— al espíritu técnico de nuestra época, e integrar la vida del hombre para la paz por el camino de la persuasión y el respeto al prójimo.

Habla el autor de la necesidad de reconciliar la democracia política con la democracia económica e incorporar a masas cada vez más amplias a la vida pública, declarando inexcusable su ignorancia en materias de economía política e interesándolas en la discusión de los supuestos de la ocupación total. Pero aun así, concluye, es preciso no olvidar que ni ésta, ni siquiera la paz, son las metas esenciales del hombre, ni valores suficientes por sí mismos. Por encima de ellos hay que colocar la paternidad de Dios y la dignidad humana.

ECOS BIBLIOGRAFICOS

En esta sección adelantamos a los lectores una concisa indicación bibliográfica de algunas de las obras, sobre todo extranjeras, últimamente aparecidas en el ámbito propio de nuestras tareas. Lo que no obsta para que, en ulteriores números, las publicaciones periódicas del Instituto de Estudios Políticos se ocupen con mayor detenimiento, en «recensión» crítica o en amplia «noticia de libros», de aquellas que reclamen la especial atención de sus colaboradores.

DERECHO SINDICAL

MAZZONI, Giuliano: *La conquista della libertà sindacale*. Edizioni Leonardo, Roma, 1947. XVIII-329 páginas.

Después de reseñar el largo proceso que lleva a la moderna libertad sindical —se parte de los «collegia» de la historia romana— en esta obra se estudian la estructura del sindicato de la época actual y sus garantías jurídicas, es decir, el derecho sindical, cuya expresión legislativa italiana constituye la última parte de las tres que componen el volumen.

ECONOMÍA

BORDIN, A.: *Principii di scienza economica*. Gioppichelli, Turín, 1947. VII-255 págs.

Tras una introducción, dedicada a las nociones preliminares, se examinan en una primera parte los problemas del cambio, y en una segunda los de la producción. La obra, de carácter didáctico, aborda y resuelve, con claridad y método, cuestiones nada sencillas de la ciencia económica, por lo que puede servir como iniciación a cuantos deseen adentrarse en ella sin los conocimientos matemáticos que otros tratados presuponen. Esta segunda edición es más amplia que la anterior y ha sido sometida, además, a ciertos retoques.

BAUDIN, Louis: *La monnaie et la formation des prix*. Sirey, París, 1947. 672 págs.

Con algunos nuevos datos, que llegan hasta el año 1946, el profesor Baudin refuerza, en esta segunda edición, su actitud de siempre frente a las cuestiones relativas a la formación de los precios, al origen y naturaleza del dinero y a los motivos determinantes de su valor, puntos debatidos todavía en la doctrina. Sabido es que Baudin es un perseverante paladín del oro, del «buen dinero», y ello por razones que no son meramente psicológicas. Como innovaciones respecto a la primitiva edición, descuellan, sobre todo, el estudio del marginalismo, incorporado al capítulo primero, y los referentes al factor tiempo, al denominado «teorema de la tela de araña» y a la formación de los precios en el mercado negro, insertos en otros lugares de la obra. Esta concluye ocupándose del mercado de metales preciosos, y de las relaciones entre el dinero y el desarrollo de la coyuntura económica.

DEHOVE, G.: *Impôt, économie et politique*. Vol I: *Pression fiscale et équilibre économique*. Presses Universitaires de France, París, 1947. XVI-406 págs.

Estudio doctrinal de las relaciones entre los impuestos, la economía y la política. Este volumen consta de una

introducción en la que se estudian primeramente las necesidades y los bienes económicos, para ocuparse, a continuación, de la teoría de la utilidad marginal, del concepto del equilibrio general económico, y hacer luego el análisis del cálculo económico. Todo ello como premisas para el estudio de los efectos de la exacción fiscal sobre el cálculo económico del contribuyente. El cuerpo de la obra está constituido por los tres títulos en que se estudian la reacción del contribuyente a la presión fiscal, desde el punto de vista de su propio equilibrio económico individual, y la reacción del contribuyente desde el punto de vista del equilibrio general, para concluir con un resultado provisional sobre la base de la noción del cálculo económico, fundado en las teorías del valor objetivo. Lleva el volumen una extensa bibliografía moderna, en la que a la doctrina italiana se le adjudica el lugar que realmente le corresponde. A lo largo de toda la obra, el autor da muestra de un conocimiento y reconocimiento plenos de la decisiva contribución de Italia al desarrollo de las ciencias económica y hacendística. El segundo volumen será dedicado al examen de las relaciones entre la presión fiscal y la economía política.

DAMI, Cesare: *Economia collettivista ed economia individualista*. Einaudi, Turín, 1947. 425 págs.

En este documentado estudio, realizado desde el punto de vista teórico, Dami toma francamente partido por la economía colectivista, que halla más apropiada que la individualista para el logro del ideal, constituido, según él, por la satisfacción máxima del consumidor con el mínimo sacrificio, incluso de su propia libertad. El autor distingue el socialismo del colectivismo y entiende por tal el sistema económico en que la disponibilidad de todos los elementos de producción, en lugar de tenerlos los particulares, corresponde a un órgano central único. Una a una se van analizando en la obra las condiciones necesarias para que un sis-

tema se acerque al «desideratum» antes mencionado, y en todos los casos se concluye que en la economía individualista esas condiciones no pueden darse en la medida en que son posibles en la economía colectivista. Llama desde el primer momento la atención la extraordinaria riqueza de las fuentes bibliográficas con que Dami va ilustrando cada uno de los puntos de sus bien trabados alegatos.

SANTARELLI, Antonio: *La disciplina degli impianti industriali*. Cedam, Padua, 1947. 156 págs.

Esta colección de cinco artículos del autor, aparecidos entre 1941 y 1946 en diversas revistas italianas —a excepción de uno de ellos, hasta ahora inédito—, lleva como apéndice otro artículo, en que la reconocida autoridad de Luigi Einaudi comentó, en su día, desde el «Giornale degli economisti», el primero de los trabajos de Santarelli que figura en este volumen. Con su publicación se pretende insistir en la absoluta necesidad de que el Estado regule las actividades industriales, no sólo para facilitar el tránsito de la economía de guerra a la de la paz, sino también para asegurar el adecuado empleo de los factores de la producción y una aplicación más eficiente de la mano de obra, con el consiguiente beneficio para la sociedad toda y para la clase trabajadora. En el primer artículo del volumen se recogen datos sobre las concesiones industriales italianas hechas antes de la guerra, pero los restantes se refieren a la situación postbélica de la economía del país y apuntan sugerencias acerca del modo de disciplinar la producción industrial que el autor estima de más eficaces resultados.

STEINMANN, E.: *Die Volkswirtschaft in der Neuen Schweiz*. Genossenschaftsbuchhandlung, Zürich, 1947. 128 págs.

Comentario autorizado del programa económico del partido democrata-social de Suiza, mantenido a un

nivel poco usual en esta clase de obras de divulgación con miras proselitistas. No deja de resultar interesante cuanto en el folleto se expone acerca de la orientación de la política agraria.

WOOD, G. L.: *Australia. Its resources and development*. The Macmillan Company, Nueva York-Londres, 1948. IX-334 págs.

El editor, profesor de la Universidad de Melbourne, y otros colegas del mismo centro docente, son los principales autores de este verdadero inventario de la economía australiana en todos sus aspectos. Ocupa una buena parte del volumen el estudio de las medidas reputadas como más eficaces para incrementar y mejorar la producción. Los trabajos sobre los pastos para el ganado lanar —una de las principales riquezas del país— y sobre el cruce del bovino, con el fin de obtener una mayor producción lechera, ofrecen enseñanzas muy provechosas para otras economías. El referente a la obtención de mano de obra agrícola presenta el aspecto característico propio de Australia, impuesto por el régimen de grandes explotaciones, único posible fuera de las proximidades de los núcleos urbanos. No se descuida tampoco el estudio del reciente desarrollo industrial del país, sobre todo en la metalurgia, en los tejidos y en las industrias azucarera y papelera. El volumen concluye con dos trabajos sobre las posibilidades de expansión comercial de Australia.

FILOSOFÍA

BRANDENSTEIN, Béla Freiherr von: *Der Mensch und seine Stellung im All. Philosophische Anthropologie*. Benziger, Einsiedeln-Colonia, 1947. 605 págs.

El autor, profesor de Filosofía en la Universidad Pazman, de Budapest, ha querido presentar en un solo estudio, coherente y unitario, cuanto

hoy se sabe acerca del hombre. Encuentra que la crisis actual se origina en el desconocimiento de la verdadera esencia del hombre, del que no se han investigado hasta ahora sino aspectos parciales, por lo que preconiza el estudio antropológico-filosófico de todas las facetas humanas. Con datos, muy apreciables tanto por su cuantía como por su calidad, von Brandenstein va analizando sucesivamente el cuerpo humano, las actividades culturales del hombre y, en definitiva, sus relaciones sociales, para ocuparse después de la psicología y abordar, finalmente, cuestiones tan enjundiosas como las de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el hombre y la sociedad y entre el individuo y su Creador.

COSTA, Fausto: *Trattato di filosofia del diritto*. Bocca, Milán, 1947. 194 págs.

Figura como volumen 291 de la «Nuova collezione di opere giuridiche» y, según el prólogo anuncia, se propone presentar en poco espacio una visión completa de cuantos problemas atañen a la filosofía del derecho. Antes de dar la definición del derecho, lo que hace en la pág. 47, Costa cree oportuno dejar previamente bien sentadas las relaciones de aquél con la ética y la metafísica, punto en el que insiste en la sección IV al ocuparse especialmente de las relaciones entre la moral y el derecho. No falta, en el lugar pertinente, cuanto se refiere a las clasificaciones del mismo y al problema de las relaciones entre el derecho y el Estado, enfocadas, como toda la obra, desde un punto auténticamente tomista.

HACIENDA

AMON, Alfred: *Grundsätze der Finanzwissenschaft*. Parte general. A. Francke, Berna, 1947. 240 págs.

El autor, conocido especialista en la materia, es el primero en emprender, después de la última guerra, la

publicación de un tratado completo, que inicia con el tomo consagrado a los principios fundamentales de la ciencia de la hacienda. Según en el prólogo se expresa, predomina en él lo teórico y el punto de vista económico, sobre lo histórico, lo técnico y lo estadístico, con el fin de evitar el recargo de una obra de índole docente. Criterio que F. Neumark —«Kyklos», 1947, fasc. 4, página 375— encuentra censurable, ya que una ciencia de la hacienda de factura moderna debe proporcionarle al estudiante todos los elementos indispensables para que la exposición no resulte incomprensible. Neumark crítica, asimismo, la excesiva extensión relativa de la parte histórica de la obra y, muy en especial, la omisión de cuanto se refiere al moderno desarrollo de la doctrina hacendística.

POLÍTICA

RADAELLI, U.: *Stato e Società*. Studium, Roma, 1948. 105 págs.

En una veintena de breves capítulos, va desarrollando el autor la doctrina de las relaciones entre la autoridad y la sociedad, entre el Estado y la sociedad y entre la sociedad natural y la sobrenatural, haciendo particular hincapié en la distinción entre el fin de la sociedad y el de la autoridad, y entre la organización política y la sociedad como tal, pues para Radaelli el Estado no constituye su fundamento, sino que es un momento de la colaboración social.

BAGOLONI, Luigi: *Esperienza giuridica e politica nel pensiero di David Hume*. Circolo giuridico della Università, Siena, 1947. 260 págs.

Considera el autor que no ha sido suficientemente estudiado el pensamiento jurídico de Hume, por lo que trata de exponerlo reelaborándolo sobre la base del «artificio jurídico», tal como el historiador filósofo inglés lo apunta en su *Treatise on*

human nature (1739-1740). Sabido es que para Hume el sentido de la justicia es consecuencia de un artificio impuesto por la educación y las convenciones entre los hombres, con lo que viene a ser el resultado de un proceso psicológico y, en definitiva, una «invención» de la mente humana. Esta teoría, expuesta por Hume en el libro tercero de su Tratado, pero no recogida ulteriormente ni en sus *Essays* ni en sus *Enquiries*, es la que Bagolini exhuma ahora para someterla al análisis crítico.

VARIOS AUTORES: *L'attività della Santa Sede dal 15 dicembre 1946 al 31 dicembre 1947*. Tipografía Poliglota Vaticana, 1948. 310 págs.

Una reseña, para el lapso indicado en el título, tanto de la labor diaria del Santo Padre, como de la de las diversas Congregaciones romanas, de la Acción Católica, del Cuerpo Diplomático y de la Secretaría de Estado. En capítulo especial se pasa revista a la ingente obra asistencial llevada a cabo por la correspondiente Comisión Pontificia en beneficio de los que sufren las consecuencias de la guerra. El volumen lleva un apéndice donde se reproducen íntegros el Mensaje de Navidad de 1947 y la Encíclica *Optatissima Pax*, del 18 de diciembre del mismo año.

BOWLE, J.: *Western Political Thought*. Jonathan Cape, Londres, 1947. 472 págs.

Dada su extensión, este volumen no puede aspirar a ser otra cosa que una introducción al estudio de la teoría política, centrado sobre el desarrollo del pensamiento de Occidente. El carácter mismo de la obra ha exigido una rigurosa selección de los pensadores políticos y la cita resumida de sus textos, con excepción de algunos particularmente significativos, a juicio del autor, que se reproducen literalmente. Bowle analiza el ideario político medieval apoyándose sobre todo en Casiodoro y en Gregorio de Tours, y estudia el del si-

glo XVIII a través de Grocio, de Hobbes y de Espinosa. El volumen concluye con un capítulo expositivo de la contribución de Adam Smith al pensamiento político moderno.

BURNHAM, J.: *The Struggle for the World*. Jonathan Cape, Londres, 1947. 254 págs.

Preconiza Burnham la federación de los Estados libres de todo el mundo, para la consecución de una unidad superior capaz de poner fin a la alarmante crisis general exacerbada por el desarrollo de las economías de masa, por la ruptura del orden político internacional y por la existencia de la bomba atómica. El autor defiende su solución como algo provisional y transitorio, mientras no pueda alcanzarse el ideal de un Gobierno verdaderamente mundial. Por lo pronto el dilema está planteado, según Burnham, entre una federación mundial comunista regida por la U. R. S. S. y un orden democrático, de signo norteamericano, garantizado por la amenaza de la bomba atómica.

OLGIATI, F.: *Carlo Marx. Vita e Pensiero*, Milán, 1948. XXIII-527 páginas.

En este año del centenario del *Manifiesto* aparece la cuarta edición, totalmente reelaborada, de la obra, ya clásica, de Monseñor Olgiati, pues la primera vio la luz en 1918. Aparte otros meritisimos incrementos de menos monta, hay que señalar en esta

edición el de la moderna bibliografía con que se corroboran los diversos temas a lo largo de todo el volumen, y la incorporación al mismo de los dos amplios capítulos inicial y final, cuyas rúbricas son, respectivamente: «Marx y los problemas de su época» e «Interpretes y críticos del marxismo». Bajo esta última, comprensiva de alrededor de un centenar de páginas, se van presentando frente a frente las diversas opiniones sobre la doctrina y el pensamiento de Marx, proporcionando así, de manera indirecta, una excelente guía bibliográfica a cuantos se interesan por el estudio de un ideario tan pródigo en interpretaciones.

CIANO, G.: *L'Europa verso la catastrofe*. Mondadori, Milán, 1948. 719 páginas.

Una colección de documentos con que se busca completar los datos parciales de que hasta ahora se disponía para el enjuiciamiento histórico del último período. Es sobre todo importante, por lo nutrido de las aportaciones de esta fecha, para el estudio del lapso de 1936 a 1939. El volumen contiene no sólo las actas de las conversaciones que Ciano sostuvo con Jefes de Estado, diplomáticos y políticos de otras naciones, mientras fué Ministro de Negocios Extranjeros, sino también las de las entrevistas de Mussolini con Hitler, Chamberlain, Schuschnigg y otras personalidades, así como multitud de cartas y despachos cruzados entre estadista italianos y destacadas figuras de la política mundial.



REVISTA DE REVISTAS

